Año III ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 25

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

JUNIO 1933

SUMARIO

	Págs.
EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*	241
Después de la última crisis. La reacción se ha fortalecido con la colaboración socialista, por *Emilio Ruiz*	248
Los problemas del régimen soviético, por *L. Trotsky*	252
A propósito de la política exterior de la burocracia stalinista, por *L. Trotsky*	260
Zinovief y Kamenef, por *L. Trotsky*	262
¿Qué es de Rakowsky?, por *L. Trotsky*	263
¿Congreso antifascista europeo? No, Congreso antitrotskista.—Fuerza e ilusión, por *Comunismo*	265
Cómo se desarrolló el Congreso	266
Por el renacimiento del Comunismo en Alemania, por *Ice*	270
Resolución de la O. C. I. sobre el segundo P. C. alemán	272
Cartas de Alemania	275
El ferrocarril del Este chino en manos de los japoneses, por *L. V*	280
Literatura y Revolución, por *Víctor Serge*	283
Publicaciones de la Oposición de Izquierda.	288

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 9.034-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 9.034 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal e Hispanoamérica..... Un año: 8,50 ptas. Seis meses: 4,50 ptas.

Demás países..... Un año: 14 ptas. Seis meses: 7,50 ptas.

Los giros al administrador, Luis García Palacios

Narváez, 56, 4.°, núm. 2. MADRID

A NUESTROS LECTORES DE HISPANOAMERICA

El desarrollo de las ideas de la Oposición Comunista Internacional en los países de habla española es cada día mayor. A través de las publicaciones de nuestra Organización, y principalmente de nuestra revista Comunismo, los camaradas de aquellos países han podido conocer los principios de nuestra Organización Internacional. Nuestras publicaciones han adquirido un amplio desarrollo, que cada día es mayor.

Recibimos cartas de algunos camaradas americanos en las que se muestran conformes con las ideas que defendemos. Todos estos camaradas deben adherirse a las organizaciones de la Oposición de cada país. En muchos de estos países las condiciones de ilegalidad en que actúan nuestros camaradas imposibilita el poder dar una dirección para que puedan adherirse a nuestra Organización de su país. Pero, sin embargo, es preciso establecer este contacto entre los lectores y las organizaciones nacionales. Para ello, aquellos lectores de Comunismo hispanoamericanos que estén en absoluto compenetrados con la Oposición Internacional (y estar compenetrados es aceptar plenamente la Plataforma acordada en la Preconferencia Internacional) pueden dirigirse enviando su dirección al Apartado 9034, Madrid, para que nosotros les pongamos en contacto con la organización de la Oposición del país donde residan. Y esta indicación, que tiene un carácter general, va también especialmente dirigida al grupo LEO de jóvenes comunistas de Buenos Aires, que nos han escrito y no han enviado su dirección.

Al mismo tiempo nos dirigimos a todos los camaradas hispanoamericanos para que nos ayuden con el máximo interés y entusiasmo a la divulgación de Comunismo. Nuestra Revista es el único órgano teórico en lengua española de la Oposición Internacional que se publica en el mundo. Es, por lo tanto, prácticamente no sólo el órgano de la Oposición española, sino también de todos los países de habla castellana. Su ayuda no debe consistir meramente en comprar nuestra Revista, sino en hacer suscripciones para contribuir a su sostenimiento económico. En este terreno esperamos mucho de la colaboración de los camaradas hispanoamericanos.

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

La actitud francamente contrarrevolucionaria del Gobierno republicanosocialista había fortalecido extraordinariamente desde el comienzo de la República el ala más reaccionaria de la burguesía española. La política de represión despiadada contra la clase trabajadora, el aplastamiento implacable de los derechos de reunión, asociación y prensa y la benignidad extremada hacia los conspiradores monárquicos y monarquizantes, han terminado por dar un impulso enorme a la contrarrevolución agraria y clerical, que cada día se siente más insolente y pasa a la ofensiva descarada. Para paralizar la acción agitadora de la reacción, los republicanos y socialistas no encontraban otro sistema que apretar las clavijas contra la clase obrera. La actuación del Gobierno republicanosocialista se ve coronada por miles de trabajadores en todas las prisiones españolas, al mismo tiempo que por la libertad creciente de que gozan todos los conspiradores monárquicos. La ley de Congregaciones religiosas ha sido la consigna que la reacción agraria y clerical ha utilizado para fortalecer su acción y pasar a una ofensiva más intensa. Pero esta ofensiva encontraba sus propios valedores en las filas republicanas y en la debilidad del Gobierno. Recurriendo a todo género de presiones y coacciones, amparados por la propia política del Gobierno, dieron al traste con éste. Y la crisis se produjo después de que la fracción más reaccionaria perdió la batalla parlamentaria. Recurrieron para la maniobra a un valedor de eficacia dentro del juego de la legalidad capitalista. Los mismos que se han revuelto ahora contra la determinación debían esperarla, porque su significación era bien clara.

* * *

Después de una de esas crisis que la Prensa burguesa califica de «laboriosas», se ha vuelto a formar un nuevo Gobierno sobre la base del anterior, es decir, de la mayoría parlamentaria. De su debilidad no hay ni un solo español que pueda dudar. Por-

mado sobre combinaciones personales y en virtud de concesiones políticas, tiene por virtualidad, mejor dicho por finalidad, dar mayores ventajas a la contrarrevolución. El partido radical socialista ha hecho público su programa de gobierno. A pesar de la demagogia con que quiere cubrirle es francamente un programa de liquidación de las conquistas democráticas obtenidas desde el 14 de abril. Por su parte, los socialistas han declarado taxativamente que no pondrán obstáculos a la obra gubernamental de los republicanos de la coalición. Esto en lenguaje político quiere decir que están dispuestos a ofrecer su colaboración para dar una mayor extensión a la labor contrarrevolucionaria que inspiraba al Gobierno pasado. Como factor demagógico se ha aportado a la nueva coalición al sector federal. La propia inconsistencia de su posición, el querer armonizar su credo burgués con la defensa del anarquismo, descubre su confusión y su engaño. Por otra parte, sus contradicciones internas le hacen estéril. La clase trabajadora puede darse cuenta perfecta que lo que en realidad se ha tramado en la tramitación de la última crisis ha sido la manera de acentuar la política antiproletaria. Desde ahora las medidas contra la clase trabajadora se acentuarán y se atentará de una forma más abierta contra todas sus reivindicaciones. La inconsciencia anarquista facilita esta tarea gubernamental. Su manera de situarse ante la última crisis y acontecimientos es todo un ejemplo de *cretinismo político de los apolíticos*. Para el movimiento confederal no debe de tratarse en ningún caso de intentar bajas combinaciones políticas de apoyo a determinados políticos contra otros. Sino de realizar su propia política de clase.

* * *

Desde el punto de vista revolucionario del proletariado, nada nos interesan los problemas internos personales de los mandarines socialistas. Los hechos políticos son los que importan. Así, en las rivalidades surgidas y profundizadas con la última crisis en el seno del partido socialista, entre lo que pudiéramos llamar fracción Besteiro y fracción Caballero, no nos interesan sus respectivas intrigas, sino su panel político. Besteiro simula representar en la socialdemocracia española un papel de «izquierda». La última crisis ha puesto al descubierto toda la falacia de este «izquierdismo». Besteiro renunció al encargo de formar poder porque «es bien conocida su posición contraria a la participación ministerial». Pero esta objeción de principios planteada por él no tiene un valor aisladamente. Es conocido que los elementos socialistas extranjeros antiparticipacionistas lo son en el sentido de no colaborar en Gobiernos heterogéneos, sino en Gobiernos puramente socialistas. ¿Es ésta la posición de Besteiro? No. Su postura es la de una cómoda demagogia. Besteiro, que ha aparecido a los ojos de algunos trabajadores como partidario de la formación de un Gobierno plenamente socialista, no se ha atrevido a llevar la cuestión a sus últimas consecuencias. Se ha limitado a la manifestación pueril de que era enemigo de la colaboración. Desde luego, la cosa es evidente; esta posición sólo puede interpretarse en el sentido de no compartir el poder con los republicanos. Ser en principio enemigo de la colaboración absoluta, hasta sin participación de los republicanos, es una postura que sólo de falsa puede calificarse, sobre todo cuando se es al mismo tiempo presidente del Parlamento.

* * *

La política del «mal menor» llevada a cabo por la socialdemocracia alemana ha permitido el acceso al poder a Hitler y sus bandas. De concesiones en concesiones, la socialdemocracia ha llegado incluso a dar el poder al fascismo sin oponerle la menor resistencia. La táctica de los socialdemócratas alemanes no es exclusiva de aquel país. Es la táctica general de todos los partidos de la II Internacional. Los socialistas españoles, que ahora se permiten ciertas censuras hacia los Wels y compañía, en la época de la Dictadura de Primo de Rivera no hicieron otra cosa que lo que actualmente lleva a cabo la socialdemocracia alemana: adaptarse a las circunstancias y colaborar con el dictador. Pero el socialismo español, que es el último de Europa que ha llegado al poder, es decir, que asume la colaboración ministerial cuando hay una enorme experiencia de lo que esto ha conducido en todos los países, reincide en la política del «mal menor», que le conducirá poco a poco a ceder todas las posiciones a la más negra reacción. Lo sucedido en la última crisis es un dato fehaciente. Habiendo inspirado su campaña de los últimos tiempos en una oposición irreductible, sólo en apariencia, como se ha visto ahora, al lerrouxismo, se han encontrado en el seno de la minoría y de la Comisión Ejecutiva elementos que han defendido sin cesarlo la necesidad de llegar a la colaboración con Lerroux, del que nadie ignora que representa y defiende a los sectores más descaradamente reaccionarios de la burguesía. Esto no es más que una manifestación más de la política del «mal menor», cuyos nuevos aspectos iremos viendo a medida que avance la situación política. Los socialistas dirán por toda explicación: para evitar que Lerroux ocupase sólo con su partido el poder, estábamos dispuestos a transigir a medias con él. Lo mismo mañana dirán: para evitar que venga la monarquía, nos entregamos a Lerroux, y así, de traición en traición, hasta llegar a la final.

* * *

Para reflejar la vinculación de los socialistas a la sociedad capitalista y su política de «mal menor», nada tan significativo como recoger algunas de las frases que sus primates y su órgano han pronunciado o publicado durante la reciente crisis: «El hecho de que un socialista esté al frente del Gobierno no quiere decir que se vaya a hacer política socialista.» (Indalecio Prieto.) «No somos un estorbo. No somos más que un acicate, una espuela.» (*El Socialista.*) «Nadie tendrá en nombre de los postulados revolucionarios reproche que hacernos.» (*El Socialista.*) «Es deseo del Presidente de la República ampliar la base del Gobierno, hasta los radicales, y por mi parte un compromiso.» (Indalecio Prieto.) «Si pactamos una colaboración con los partidos, es más que por nuestro propio gusto por imposición inexorable del problema político.» (*El Socialista.*) Esto sirve para evidenciar que en todo el curso de la Revolución española los socialistas han estado sólo atentos a resolver a la clase capitalista sus problemas, problemas que sólo pueden resolver a costa de la propia clase trabajadora. Los socialistas, perseverando en esta conducta, han rechazado toda oportunidad de asumir plenamente el poder. Ciertamente que en las propias filas de la clase trabajadora no han encontrado la coacción suficiente para que asumieran esta tarea y se descubrieran en toda su podredumbre política ante las masas trabajadoras. En lugar de lanzar alaridos en el vacío, que es la política consecuente que sigue internacionalmente el stalinismo, hubiera correspondido forzar a los socialistas a asumir toda la responsabilidad del poder. Frente a la política reformista del «mal menor», el stalinismo pone en práctica la de «todo o nada».

* * *

En ninguna otra circunstancia se ha puesto tan claramente al descubierto la inmunda podredumbre del órgano del *chantage* libre *La Tierra*, como con motivo de la última crisis ministerial. Sería difícil averiguar por todos los diversos conceptos lo que esa ganzúa diaria cobra. A base de la más baja demagogia retribuida contra los socialistas, sirve de apoyo a la más negra reacción. El hecho no tendría una gran importancia, pues es la característica de todos los periódicos burgueses, nos referimos al engaño y la vileza, si por extrañas circunstancias *La Tierra* no se hubiera convertido en las actuales circunstancias en una especie de Evangelio de la inmensa mayoría de los anarquistas españoles. Los anarquistas, que huyen de la política revolucionaria representada por el Partido Comunista, suelen caer con frecuencia en la más repugnante política pequeñoburguesa. *La Tierra*, desde el 14 de abril, se ha convertido en el exponente de su criterio. Basta ver

una sola vez un insulto estúpido estampado en el órgano del *chantage*, para que los anarquistas de toda España lo repitan en su prensa, en los discursos, en las conversaciones. Y así, de una manera indirecta, los anarquistas españoles, por su propia confusión, se encuentran en la práctica haciendo el juego a las corrientes más despreciables de la pequeña burguesía inmoral. De esta inconsciencia anarquista es un dato elocuente el de que *La Tierra* alcance en sus medios una difusión extraordinariamente superior a sus mismos órganos oficiales. Bajo los alaridos al «Gobierno de Casas Viejas», el órgano del *chantage* hace la política del lerrouxismo y de las tendencias más contrarrevolucionarias. *La Tierra* es un elemento de confusión en ciertos sectores obreros, y el deber revolucionario más elemental obliga a poner diariamente al descubierto sus lacras.

* * *

Del Comité de Reconstrucción de Sevilla, pasando por el Congreso de Unidad Sindical convocado por la Federación de San Sebastián, hasta venir a dar en el retoño raquítico de la C. G. T. U., la orientación sindical del Partido ha consistido en clavar en tierra la bandera negra de la escisión, gritando al mismo tiempo por la unidad. En lugar de aprovecharse de la descomposición orgánica de la C. N. T. y orientar su actividad a impedir el desmoronamiento de ésta y ampliar su influencia, con su política sectaria el P. C. no consigue otra cosa que dejar la puerta abierta al grupo de los «treinta» y al Bloque Obrero y Campesino y hacer que lleguen o se acerquen a la dirección de la central sindical. El peligro de que cualquiera de estas dos tendencias llegue a dirigir los destinos de la C. N. T. es un hecho suficiente que debiera hacer pensar a nuestros stalinianos, si la facultad de pensar existe todavía en ellos, en la responsabilidad que contraen ante el proletariado al mantener esa ficción sindical existente sólo en el papel, pero que ni siquiera en el papel da la más mínima señal de vida. Ni en una jornada de lucha mundial de la clase obrera como es el Primero de Mayo, ni ante la crisis por que acaba de atravesar la política española. Para intentar dar un soplo de vida traía de reunirse ahora el C. C. Ampliado de dicha centralilla sindical, esto es, la organización en masa. Sólo con una condición esta asamblea podría significar un paso adelante en el movimiento sindical revolucionario: sobre un amplio análisis crítico de toda la política sindical del Partido, que bajo la máscara hipócrita de la unidad no ha hecho otra cosa que llevar a cabo la escisión.

* * *

En otro lugar de este número damos una información de lo que

ha sido prácticamente el Congreso de París titulado contra el fascismo. En virtud de las medidas de violencia llevadas a cabo por los organizadores stalinianos, ha resultado en la realidad un Congreso antitrotskista. El «servicio de orden», del cual, y dada su experiencia, es de suponer que formase parte el teniente de la guardia civil Francisco Galán, quiso salvar la inmensa responsabilidad contraída por la burocracia en la derrota del proletariado alemán. La crítica revolucionaria es lo que más teme el stalinismo. En la historia del movimiento obrero es difícil encontrar ejemplos de la violencia que a la lucha de tendencias ha dado el stalinismo. El recurrir a los procedimientos empleados en el Congreso de París sólo indica la corrupción en que han caído los que semejantes procedimientos emplean. Los recursos de un Estado, el cerrilismo de gentes inconscientes fanatizadas, se ponen en juego para ahogar la voz y la crítica de los elementos revolucionarios. Son mucho más poderosas las armas de que dispone la burguesía para aplastar las reivindicaciones del proletariado, y a pesar de ello no ha podido impedir el avance de las ideas marxistas. El ejemplo es confortador para los que ahora tenemos que sufrir la brutalidad stalinista y tenemos una fe profunda en nuestras concepciones. Pero, a pesar de todo, a pesar de ser una minoría, no nos distinguimos por un espíritu cristiano. A los que emplean la violencia contra trabajadores, los denunciaremos a la conciencia obrera. Sin embargo, también sabremos defendernos. Si numéricamente no podemos presentar batalla, acudiremos a las guerrillas. Los capitostes, los funcionarios, los retribuídos, responderán aisladamente de las violencias que cometan aquellos a quienes engañan.

* * *

La Prensa burguesa ha publicado en las últimas semanas informaciones procedentes de distintas fuentes y poblaciones respecto a la *reconciliación* de Stalin y Trotsky. Se ha llegado a decir en uno de dichos telegramas que «Trotsky se ha sometido por completo a todas las exigencias de Stalin». Nuestros camaradas Nin y Andrade, por un comunicado en la Prensa, desmintieron semejante cosa. En cuanto a lo primero, es de señalar el concepto que la Prensa burguesa tiene de la actual lucha de la Oposición. Para ella se limita a divergencias personales entre Trotsky y Stalin que pueden arreglar con simples gestiones personales. Es todo un problema político el planteado, y sólo en el terreno político puede resolverse. La Oposición de Izquierda Internacional ha repetido constantemente, siendo de ello el principal exponente nuestro jefe Trotsky, que ante el peligro que atraviesa la revolución mundial, y principalmente la Unión Soviética, estamos dispuestos a reintegrarnos al seno de la Internacional. Para ello sólo pedimos que

se nos deje defender nuestros puntos de vista, y afirmamos que después de la discusión estamos dispuestos a someternos a la disciplina de la práctica de los acuerdos. Esto no es la primera vez que lo decimos. La reconciliación, no entre Trotsky y Stalin, sino entre la fracción bolcheviquebolchevique-leninista y el equipo dirigente burocrático, es siempre posible. No pedimos más que la democracia interior y el restablecimiento de la normalidad en los Congresos internacionales y nacionales. Aquellos camaradas del Partido oficial que se han entusiasmado ante la posibilidad de confirmación de la noticia, ya saben de lo que únicamente depende su efectividad. Pero desde luego ni Trotsky ni la Oposición Comunista Internacional, que él dirige, han pensado jamás someterse sin condiciones a la tiranía de una casta burocrática degenerada y criminal.

* * *

La Conferencia Económica que está celebrándose en Londres es, en realidad, la Conferencia internacional de la crisis del capitalismo, que busca una salida a su situación desesperada. La economía liberal está en plena crisis, y los «esfuerzos científicos» de los economistas burgueses para encontrar una solución se estrellarán ante la realidad. En el proceso de desarrollo de la sociedad la economía liberal ha sido un factor progresivo durante un cierto ciclo histórico. Pero el siglo XX es el de su descomposición definitiva y su substitución en la historia por la economía socialista. Como tabla de salvación, el capitalismo se ha aferrado al proteccionismo. La Conferencia de Londres trata de poner un poco de orden en el desconcierto capitalista. Pero las rivalidades entre los Estados son cada día más profundas y ni siquiera los emplastos de acuerdos internacionales contribuyen a inyectar vida al moribundo. A ser una Conferencia internacional más de las que tantas prodiga el capitalismo en estos últimos tiempos podemos decir que se reducirá dicho cumicio mundial. Independientemente de las medidas que se adopten para someter a una mayor explotación a las clases laboriosas del mundo, y ver si encuentran así los capitalistas un lenitivo a su crisis, la Conferencia nada puede resolver. Todas las medidas, suponiendo que se adopten algunas de carácter práctico, pues es sabido que las propias rivalidades de los Estados las imposibilitan, que puedan adoptarse, no pueden tener ninguna eficacia ulterior. Otra de las cuestiones a tratar en la Conferencia será la de repartirse nuevas zonas de influencia. He aquí la cuestión que más acrecienta las discrepancias entre los diversos Estados. El capitalismo no puede salvarse de la crisis. Si todavía no ha sido enterrado no es porque el cadáver no esté en completa putrefacción, sino por incompetencia de los sepultureros.

DESPUÉS DE LA ULTIMA CRISIS

La reacción se ha fortalecido con la colaboración socialista

En todos los países, la gran burguesía suele confiar la defensa violenta de sus privilegios a los más caracterizados aventureros de la política, cuya audacia no tiene inconveniente en incurrir en la bajeza. El burgués es asustadizo para tomar bajo su responsabilidad directa la represión contra la clase más avanzada de la sociedad: el proletariado. Confían esta misión a los aventureros profesionales de la política, que no sienten escrúpulos de ningún género. En los dirigentes de las *corrientes* fascistas, modelos típicos del aventurerismo político, confía en la época actual la defensa de su régimen de explotación la gran burguesía de todos los países. El oro les permite subvencionarlos y la ambición y el desenfreno hace todo lo demás. Este es Mussolini, este es Hitler, este es ya Lerroux. Todos ellos, elementos de profundas taras morales, asumen la función de asesinos del proletariado para llegar a sus aspiraciones de aventureros insaciables.

Lerroux y su partido representan en el curso de la política española los intereses de la reacción desencadenada. Se nutre su estado mayor de detritus de la sociedad, de la pequeña burguesía. Siguen la trayectoria de todos los piratas de la política burguesa. Desde las más extremadas tendencias han pasado a futuros verdugos. Tienen por lema la falta de escrúpulos. De la administración ingresan a hacer un presidio suelto. De la política, un crimen constante. Su animadversión hacia los socialistas no es por lo que éstos tengan de acomodaticios a todas las situaciones, sino por lo que creen existir en ellos de defensores de los intereses obreros. No hay que desconocer la verdad. La hostilidad lerrouxista hacia el socialismo no es más que el odio a toda tendencia obrera. La crítica violenta contra el socialismo no puede hacernos perder por completo de vista esta verdad evidente.

Hemos señalado muchas veces la importancia fundamental que juega en España el problema clerical. El mismo Partido Comunista oficial no parece reconocerlo así, puesto que no ha hecho ninguna agitación en relación con él. Parece como si en torno a esta cuestión hubiera tenido siempre el propósito deliberado de inhibirse. En España, el problema religioso no es sólo una creencia ancestral de mentalidades retrasadas. No es tampoco, como era y es en Rusia en ciertas gentes, una creencia sincera con lo que se tratan de explicarse los fenómenos de la vida. La Iglesia es en España todo un factor económico. De ahí su enorme poderío y su hegemonía. La ley de Congregaciones, nada en la realidad, no es para la Iglesia meramente un atentado a las creencias, sino un golpe para sus privilegios económicos. El capitalismo desea esencialmente los bienes terrenales y no se siente satisfecho con la promesa de disfrutes de ultratumba. Este ligero intento contra sus privilegios ha sido suficiente para arreciar en toda la línea su ofensiva.

No nos corresponde hablar de las causas más o menos íntimas e inmediatas de la crisis. El hecho evidente es que la reacción ha salido fortalecida de ella y que el futuro está preñado de peligros. Todos los sectores de la burguesía republicana se aprestan a dar la batalla a la clase trabajadora. La disputa actual reside únicamente en saber qué medios han de ponerse en práctica. La *oposición benévola* ofrecida por Lerroux es en realidad que éste cree asegurada por el Gobierno y por ahora la labor necesaria a realizar a favor de la contrarrevolución, y que se reserva para entrar en acción en breve de una manera definitivamente violenta.

En el curso de la revolución, el partido radical socialista, por ejemplo, que ha querido ser el exponente de las clases medias más radicalizadas, se desenmascara y adopta la postura francamente reaccionaria. A través de ciertas brosas aislados de demagogia pequeñoburguesa, el programa de gobierno que la Prensa diaria nos ha dado a conocer es un intento en toda regla de dar no sólo por liquidada la revolución democrático, sino de ir francamente a la contrarrevolucionaria. Y no hay que olvidar que dicho partido es uno de los grupos parlamentarios más numerosos y cuyo criterio político se exterioriza en el poder por el canal de sus ministros. No es un programa de partido; es algo más, es un programa de gobierno.

Miguel Maura, en nombre de los republicanos monarquizantes más combativos, ha adoptado ya en la realidad una actitud de violencia reaccionaria. Todos los otros grupos de derecha se sienten envalentonados y emprenden igualmente la ofensiva. Es el bloque gubernamental en su conjunto el que tácitamente se ha concertado para el ataque abierto contra la clase trabajadora. Como vanguardia de todas estas fuerzas, la Prensa ha abierto el fuego. *A B C*, *El Debate*, *La Nación*, etcétera, hablan descaradamente de medidas extremas e invitan a los suyos a la próxima batalla. Esa Prensa canalla está en pleno desenfreno. Y favoreciendo sus planes, el Gobierno, al mismo tiempo que diariamente denuncia y recoge a la Prensa obrera y la coloca en difíciles condiciones para seguir viviendo, no adopta la más mínima medida contra semejante Prensa.

Paralelamente a esto, los elementos monárquicos conspiran a la luz del día. Se ha dicho, y al parecer con bastantes visos de certeza, que recientemente ha estado paseando por las calles de Barcelona el general asesino Barrera. Parece también que ha asistido a reuniones de los elementos monárquicos para preparar el próximo movimiento. Los encartados en el proceso del 10 de agosto han ido huyendo de las prisiones u hospitales donde estaban recluídos y se han ido concentrando en el extranjero para llevar a cabo su trabajo conspirativo. Y esto no puede ignorarlo de ninguna manera el Gobierno, porque la conoce su policía y la conoce bien su Prensa.

La formación de este Gobierno marca una intensidad de la lucha política. Puede predecirse que a pesar de haberse buscado la colaboración de una nueva minoría, la federal, este bloque tendrá poca existencia. Si las mismas derechas reaccionarias han permitido su formación, es de suponer que pronto lo liquidarán para dar paso a una situación francamente reaccionaria, que no tenga necesidad ya de acudir a la demagogia y que realice una política de franco desenfreno reaccionario.

La conclusión de la pasada crisis no puede ser otra que la siguiente: la reacción se ha fortalecido. Pero esta reacción no hubiera sido posible si no hubiera encontrado la colaboración más o menos enmascarada de los socialistas. La clase trabajadora ya sabe que de sus enemigos de clase no puede esperar más que represión y hambre. Pero

esta labor del capitalismo durante ciertas épocas no podría llevarse a cabo tan resueltamente si la burguesía no encontrase en el propio campo obrero a sus colaboradores más decididos: los socialistas. Estos elementos, que se vanagloriaban de haber dado el máximo de facilidades para la resolución de la crisis, al decir esto no hacen más que declarar que son servidores benévolos de la labor reaccionaria del bloque gubernamental.

La burguesía utiliza a los reformistas de todos los países sólo en los momentos de ascenso del movimiento revolucionario, para que éstos se encarguen de fomentar el ilusionismo democrático en las masas políticamente atrasadas. Durante el período ascendente de la revolución española, la burguesía ha concedido gabelas y beligerancia a los socialistas para que asumieran este papel. Pero ya actualmente la burguesía se considera suficiente para prescindir de la colaboración socialista y prescinde, mejor dicho, prescindirá en un porvenir muy inmediato, de él. Al mismo tiempo, el socialismo, para ofrecer mayores garantías a la burguesía, refuerza cada día que pasa su carácter servil de colaboración, prestándose a ser verdugos de la clase trabajadora.

La última crisis gubernamental no sólo ha sorprendido al Partido Comunista oficial, sino que ha puesto de manifiesto toda la inepcia del stalinismo una vez más. Los tres años que han transcurrido desde la proclamación de la República, preñados de enseñanzas que ha pagado cara la clase obrera, nada han enseñado a la fracción que detenta la dirección de la lucha revolucionaria. La actitud del Partido ante la crisis ha sido una repetición calcada de su posición ante los acontecimientos del 14 de abril. La consigna de todo el poder a los Soviets fué nuevamente sacada del archivo. El 14 de abril no había Soviets y la consigna de la dictadura del proletariado caía en el vacío en medio de la indiferencia de las masas, que no aceptaban ni comprendían y se hallaban en pleno éxtasis de su ilusionismo democrático. Las ilusiones democráticas de la clase obrera han ido borrándose con su propia sangre. Los miles de obreros y campesinos encarcelados por el Gobierno republicanosocialista saben muy bien en qué consiste la democracia en una República burguesa. En este sentido, las condiciones han variado. Pero pedir el poder para unos organismos inexistentes representativos de la clase obrera en su conjunto, y que la clase obrera desconoce, no significaría más que decir algo cuando nada se tiene que decir. Si esto puede hacerse para tratar de justificar un revolucionarismo verbal, no creemos que se tenga la pretensión de hacerlo pasar por táctica revolucionaria positiva.

Emplear semejantes procedimientos ante hechos concretos que amenazan seriamente el porvenir de la clase trabajadora española, es una manera más de distraer la atención del proletariado de sus problemas inmediatos. Sólo un irresponsable, y no hay que olvidar que la característica esencial del stalinismo es la irresponsabilidad, puede sentirse satisfecho con manifestaciones esporádicas de revolucionarismo verbal. No nos cansaremos de repetir el caso de Alemania, precisamente porque el stalinismo parece no tener ningún interés en sacar de él las necesarias conclusiones. Al proletariado alemán se le ha mantenido durante meses y meses en una gran tensión de frases y palabras ultrarrevolucionarias para entregarle al final atado de pies y manos al fascismo. Así se ha labrado su derrota actual: a fuerza de demagogia inaplicable. Así parece proponerse el stalinismo conducir al proletariado de los demás países al fracaso.

Basta de verbalismo revolucionario y más acción práctica, es lo que deben reclamar todos los trabajadores del que se llama su partido de clase. El peligro es inminente y se agrava. No es una amenaza definidamente fascista, pero es una corriente ultrarreaccionaria la que va ganando terreno, y que en el curso de su desenvolvimiento adquirirá todas las formas fascistas. Para el comunismo alemán, Brüning era fascista; Papen, Schleicher, también. Sigue la misma trayectoria el Partido oficial en España. El eje del fascismo es el Gobierno republicanosocialista; fascista es Lerroux, fascista es Maura, fascista son los vasconavarros, fascistas son los agrarios. El análisis marxista se substituye por la frase hecha. Se inmoviliza de esta manera al proletariado, y aunque parezca exagerado el decirlo, se facilita también la labor de la reacción.

El Partido debe darse cuenta de la inmensa responsabilidad que contrae. Es preciso una estimación justa de la situación para llegar también a establecer una táctica acertada. No creemos que para ellos ni para nadie sea posible negar los avances de la reacción; pero no de una manera genérica, sino concreta, positiva. No hay tiempo que perder; los días que deje pasar el proletariado los gana la reacción. El socialismo, desgraciadamente, en la época actual todavía ejerce una extraordinaria influencia sobre la clase trabajadora. Su influencia sobre los explotados es mucho mayor que la de los propios Partidos comunistas. La principal tarea es arrebatarles esta influencia, haciendo que descubran cada vez más claramente toda la falsedad de su «socialismo». Para esto no es posible establecer como táctica aquella que sólo pueda alcanzar a los ya convencidos, es decir, a la vanguardia proletaria que obra bajo la influencia de los comunistas. Es necesario convencer de esta verdad al núcleo principal de la masa que sigue a la socialdemocracia.

Si la burguesía española, para inutilizar al socialismo desde el punto de vista obrero, utiliza ahora, o intenta utilizar la táctica de comprometer a los socialistas designándolos para los Gobiernos civiles, ¿por qué el Partido Comunista, por diversos motivos, claro está, no puede utilizar un procedimiento similar obligando a los socialistas que asumen la totalidad del Poder para que se descubran en toda su traición?

Pero la ofensiva de la clase capitalista obliga también al proletariado a recurrir a la táctica de máxima eficacia para defender sus conquistas y sus vidas. Y ésta no es otra que el frente único. Para ello es previamente preciso prescindir del carácter ultimatista que lo imprimen los stalinistas, con lo cual lo inutilizan en la práctica. Para ello es necesario también desechar la teoría del socialfascismo, y mucho más la del anarcosindicalismo. Es urgente proponer el frente único, no con el propósito previo de que no sea aceptado por las condiciones que se impongan, sino sobre la base de un programa concreto que pueda encontrar la aceptación de los demás sectores o tendencias obreras.

La Oposición de izquierda dió la señal de alarma para Alemania mucho tiempo antes de que los sucesos fueran irreparables. No se hizo caso y sus proposiciones fueron recogidas únicamente para deformarlas y combatirlas. El proletariado alemán paga muy caro ahora el que los dirigentes no escucharan la voz de la Oposición.

No es prematuro dar la señal de alarma para España. De todas formas, vale más la previsión que la imprevisión.

EMILIO RUIZ.

Los problemas del régimen soviético

TEORIA DE LA DEGENERACION Y DEGENERACION DE LA TEORIA

1.—EL DEBILITAMIENTO DEL ESTADO. — El socialismo íntegramente realizado (comunismo) significa una sociedad sin Estado. Pero el período de transición del capitalismo al socialismo exige el reforzamiento extremo de las funciones del Estado (*dictadura del proletariado*). Esta dialéctica histórica del Estado ha sido suficientemente señalada por la teoría marxista.

La base económica de la desaparición completa del Estado obrero es un desarrollo tan elevado del poder económico, que el trabajo de producción no tiene ya necesidad de ninguna clase de presión coactiva, y el reparto de los bienes necesarios a la vida no exige ningún control jurídico. El paso de la dictadura revolucionaria a la sociedad sin Estado no puede, evidentemente, producirse por decreto. El Estado no se disuelve por un acto especial, sino que desaparece gradualmente de la escena, *muere* a medida que la sociedad socialista, potente y altamente civilizada, asume todas las funciones vitales, con ayuda de sus órganos numerosos y elásticos, que no tienen necesidad de recurrir a la imposición represiva.

El proceso de la liquidación de las clases pasa por dos caminos diferentes. A medida que se vaya realizando la liquidación de las clases, es decir, que se vayan disolviendo en una sociedad homogénea, la presión coercitiva muere en el sentido propio de la palabra, desapareciendo para siempre de la circulación social; las funciones organizadoras del Estado, por el contrario, se complican, se perfeccionan, se ocupan de los detalles, penetran en dominios siempre nuevos, que habían estado antes, por así decirlo, fuera de la sociedad (menesteres domésticos, educación de los niños, etc.), sometiéndolos por primera vez al control de la inteligencia colectiva.

La manera general de plantear la cuestión no cambia, ya se trate de un solo país o de todo el planeta. Si se admite que la sociedad socialista es posible en límites nacionales, la desaparición del Estado debe producirse también en los cuadros de un solo país. La necesidad de defenderse del capitalismo exterior es, en sí, completamente compatible con el debilitamiento de la coerción del Estado en el interior; la solidaridad y la disciplina conscientes de la sociedad socialista deben dar los más grandes resultados sobre el campo de batalla, lo mismo que en el dominio de la producción.

La fracción stalinista ha proclamado ya desde hace dos años que las clases en la U. R. S. S. están *radicalmente* liquidadas, que la cuestión «¿quién vencerá?» está resuelta *definitivamente y sin vuelta de hoja*; es más: que *hemos entrado en el socialismo*. De aquí necesariamente habría que concluir, según las leyes de la lógica marxista, que la presión de clase ha desaparecido *radicalmente*, y que, por tanto, estamos en el período de la extinción progresiva del Estado. Sin embargo, cuando algunos doctrinarios imprudentes llegaron a esta conclusión fueron inmediatamente declarados *contrarrevolucionarios*.

Dejemos, sin embargo, de lado la perspectiva del socialismo en un solo país. Tomemos por punto de partida, no la construcción burocrática, que la marcha de los acontecimientos ha conducido ya al absurdo, sino la situación real de las cosas: la U. R. S. S. no es, evidentemente, una sociedad socialista, sino solamente un Estado socialista, es decir, el alma de la construcción de la sociedad socialista; las clases todavía están lejos de haber sido liquidadas; la cuestión, *¿quién vencerá?*, no está resuelta; la posibilidad de una restauración capitalista no está excluida; la necesidad de la dictadura del proletariado, por tanto, subsiste enteramente. Pero queda todavía la cuestión del *carácter* del Estado soviético, que no es ninguna cosa inmutable durante todo el período transitorio, a medida que avanza la edificación económica victoriosa. Cuanto más sanas sean las relaciones entre la ciudad y el campo, con tanta mayor amplitud ha de desarrollarse la democracia soviética. Aun no se trata aquí de la muerte del Estado, pues la democracia soviética es también una forma de la coerción estatal. El contenido y la elasticidad de esta forma reflejan, sin embargo, mejor que todo, la actitud de las masas hacia el régimen soviético. Cuanto más satisfecho esté el proletariado de los resultados de su propio trabajo, tanto más fecunda es su influencia sobre la aldea, tanto más el Estado soviético debe ir convirtiendo—no sobre el papel, no en el programa, sino en la realidad, en la experiencia diaria—en el alma de una mayoría creciente contra una minoría en declinación. La dilatación de la democracia soviética, si bien no significa todavía la muerte del Estado, equivale, sin embargo, a la preparación de la misma.

La cuestión se hace más concreta si consideramos los cambios fundamentales de la estructura de las clases durante la revolución. La dictadura del proletariado, en tanto que instrumento de destrucción de los explotadores, era necesaria contra los terratenientes, los capitalistas, los generales y los *kulaks* en la medida en que estos últimos ascendían a las clases ricas. No es posible convertir los explotadores al socialismo. Era necesario, a todo precio, romper su resistencia. Los años de guerra civil significaron la más alta tensión de la dictadura del proletariado.

Por lo que se refiere a la masa campesina en su conjunto, la tarea se plantea de muy otra forma. Es necesario *atraer* al campesino hacia el régimen socialista. Hay que demostrar por la experiencia a los campesinos que la industria del Estado es capaz de suministrarle las mercancías en condiciones más favorables que los capitalistas, y que la agricultura colectiva es más ventajosa que la agricultura individual. En tanto esta labor económica y cultural no se haya resuelto—y esto todavía está muy lejos, sobre todo teniendo en cuenta que no puede ser llevada a cabo completamente más que en escala internacional—, los choques de clase serán inevitables, y, por consiguiente, también la intervención coercitiva del Estado. Pero si en la lucha contra los terratenientes y los capitalistas la violencia revolucionaria era el método principal, la cosa debía ser muy distinta con respecto a los *kulaks*: al mismo tiempo que reprimía implacablemente la resistencia contrarrevolucionaria manifiesta de los *kulaks*, el Estado concertaba, no obstante, compromisos con ellos en el dominio económico. El Estado no deskulakizaba a los *kulaks*, sino que se conformaba restringiendo sus tendencias explotadoras. Para los campesinos, en su conjunto, la violencia revolucionaria no debía desempeñar más que un papel auxiliar y, desde luego, decreciente. El éxito real de la industrialización y de la colectivización debía expresarse por una dulcificación progresiva de las

formas y de los métodos de la coerción estatal, por la democratización creciente del régimen soviético.

2.—EL RÉGIMEN POLÍTICO DE LA DICTADURA Y SU BASE SOCIAL.—El 30 de enero de 1932, la *Pravda* escribía: *«Durante el segundo Plan quinquenal, los últimos vestigios de los elementos capitalistas serán liquidados en nuestra economía.»* Es absolutamente evidente que, desde el punto de vista de esta perspectiva oficial, el Estado debería desaparecer durante el segundo Plan quinquenal, pues donde quedan liquidados *los últimos vestigios* (!) de la desigualdad de clases el Estado no tiene nada que hacer. En realidad, asistimos a procesos de un carácter absolutamente opuesto. Los mismos stalinianos no solamente no osan afirmar que la dictadura ha tomado, durante los últimos diez años, formas más democráticas, sino, al contrario, quieren probar infatigablemente la inevitabilidad del reforzamiento ulterior de los métodos de imposición gubernamental. Lo que sucede en la realidad es, sin embargo, mucho más importante que todas las perspectivas y todos los pronósticos.

Si se aprecia la realidad soviética a través del prisma del régimen político—tal apreciación es insuficiente, pero perfectamente legítima y extremadamente importante—, el cuadro se presenta no solamente sombrío, sino verdaderamente siniestro. Los Soviets han perdido los últimos restos de una significación independiente, cesando de ser Soviets. El Partido no existe. Su cupo de la lucha contra las tendencias de derecha, se ha aniquilado definitivamente los Sindicatos. Más de una vez hemos examinado la cuestión de la degeneración y de la asfixia del Partido y de los Soviets. Es necesario que nos expresemos aquí, aunque sólo sea en unas líneas, sobre la suerte de las organizaciones sindicales durante el período de la dictadura soviética. La independencia relativa de los Sindicatos es un correctivo necesario e importante en el sistema del Estado soviético, que se encuentra bajo la presión de los campesinos y de la burocracia. En tanto que las clases no están liquidadas, los obreros deben, aun en el Estado soviético, defenderse con ayuda de sus organizaciones sindicales. Dicho de otra manera: los Sindicatos permanecen siendo los Sindicatos en tanto que el Estado siga siendo el Estado, es decir, un aparato de coerción. La estatización de los Sindicatos ha de ser un proceso paralelo a la desestatización del Estado. Esto significa: a medida que la liquidación de las clases quita al Estado sus funciones de coerción, disolviéndolas en la sociedad, los Sindicatos pierden su carácter de clase, bien determinado, y se disuelven en el Estado en vías de desaparición.

Los stalinianos reconocen también en palabras esta dialéctica de la dictadura, expresada en el programa del Partido bolchevique. Pero las relaciones reales entre los Sindicatos y el Estado se desarrollan en un sentido diametralmente opuesto. El Estado, no solamente no languidece (a pesar de la proclamación de la liquidación de las clases), no solamente no dulcifica sus métodos (a pesar de los éxitos económicos), sino que, al contrario, deviene progresivamente un aparato de imposición burocrática. Al mismo tiempo, los Sindicatos, transformados en cancillerías burocráticas, han perdido definitivamente la posibilidad de desempeñar la función de tapón entre el aparato del Estado y la masa proletaria. Peor todavía: el aparato de los mismos Sindicatos se ha convertido en instrumento de la presión administrativa sobre los obreros.

Una primera conclusión de lo que queda dicho anteriormente es lo siguiente: la evolución de los Soviets, del Partido y de los Sindicatos sigue una línea no ascendente, sino descendente. Si se admite

como justa la apreciación oficial de la industrialización y de la colectivización, habrá que decir: la superestructura política del régimen proletario se desarrolla en una dirección diametralmente opuesta al desarrollo de la base económica. ¿Entonces son falsas las leyes del marxismo? No, es la apreción oficial de la base social de la dictadura la que es mentirosa; y lo es radicalmente.

Más concretamente, la cuestión se formula así: ¿por qué en 1917-1921, cuando las antiguas clases dominantes luchaban con las armas en la mano, cuando los imperialistas del mundo entero los apoyaban activamente, cuando los *kulaks* en armas saboteaban el ejército y el aprovisionamiento del país, era posible discutir abiertamente en el Partido las cuestiones agudas de la paz de Brest-Litovsk, los métodos de organización del ejército rojo, la composición del C. C., de los Sindicatos, del paso a la N. E. P., de la política nacional y de la política de la J. C.? ¿Por qué ahora, después del fin de la intervención, después de la derrota de las clases explotadoras, después de los éxitos de la industrialización y de la colectivización de la inmensa mayoría de la masa campesina, no se puede admitir la discusión de las cuestiones de los ritmos de industrialización y de colectivización de las relaciones entre las industrias pesada y ligera y de la política del frente único en Alemania? ¿Por qué todo miembro del Partido que exigiera la convocatoria del Congreso regular del Partido, de acuerdo con los Estatutos, sería inmediatamente excluido y sometido a la represión? ¿Por qué todo comunista que expresara en voz alta una duda sobre la infalibilidad de Stalin sería inmediatamente detenido? ¿De dónde viene esta tensión terrible, monstruosa e intolerable del régimen político?

Hablar a este respecto de la amenaza exterior por parte de los Estados capitalistas equivale a evadir la explicación del problema. Evidentemente, estamos lejos de disminuir la significación del cerco capitalista para el régimen interior de la República soviética; ya la necesidad de mantener un ejército poderoso es una fuente importante de burocratismo. Sin embargo, este cerco hostil no es un factor nuevo, pues acompaña a la República soviética desde los primeros días de su existencia.

Con condiciones sanas en el interior del país, la presión del imperialismo sólo debiera tener por resultado un aumento de la solidaridad de las masas, sobre todo, una mayor cohesión de la vanguardia revolucionaria. La penetración de los agentes extraños del género de los ingenieros saboteadores, etc..., no justifica en ningún caso, y no explica, el reforzamiento general de los métodos de coerción. Un ambiente social donde reina la solidaridad debería rechazar con suma facilidad los elementos hostiles, como un organismo sano expulsa los tóxicos.

Verdad es que se puede afirmar a este respecto que la presión exterior ha aumentado, indudablemente, en el mundo entero la relación de las fuerzas se ha desplazado en provecho del imperialismo. Sin embargo, aun dejando de lado la cuestión de la política de la Internacional Comunista, sin considerarla como una de las causas del debilitamiento del proletariado mundial, permanece siendo indiscutible que el reforzamiento de la presión exterior no puede conducir a la burocratización del régimen soviético más que en la medida en que se combina con el crecimiento de las contradicciones interiores. En estas condiciones, en que se hace necesario poner al obrero en el potro del sistema del pasaporte y al campesino en el potro de las secciones políticas, la presión del exterior debe inevitablemente debilitar todavía más la cohesión interior. E inversamente: el aumento de las

contradicciones entre la ciudad y el campo debe inevitablemente hacer más agudo el peligro por parte de los Estados capitalistas. La reunión de estos dos factores empuja a la burocracia por la senda de concesiones cada vez mayores a la presión exterior y de represiones cada vez mayores también, contra las masas obreras en su propio país.

3.—LAS EXPLICACIONES OFICIALES DEL TERROR BUROCRÁTICO.—«*Algunos camaradas*—decía Stalin en el *Pleno del C. C. del mes de enero*—*han comprendido las tesis sobre la liquidación de las clases, la creación de la sociedad sin clases y la desaparición del Estado como una justificación de la pereza* (?) *y de la negligencia* (?), *como una justificación de la teoría contrarrevolucionaria de la extinción de la lucha de clases y del debilitamiento del poder soviético.*» La imprecisión de las expresiones sirve aquí, como en otros casos en Stalin, para llenar las lagunas de su lógica. Las *tesis* programáticas sobre la desaparición de las clases para el porvenir no significan, evidentemente, todavía, la extinción de la lucha de clases para el presente. Pero es el caso que aquí no se trata de una *tesis* teórica, sino del *hecho*, oficialmente proclamado, de la desaparición de las clases. El sofisma de Stalin consiste en lo siguiente: la idea del reforzamiento inevitable del poder estatal en la época de transición entre el capitalismo y el socialismo—idea que Lenin desarrolló después de Marx, para explicar la necesidad de la dictadura del proletariado en general—Stalin la adapta a un cierto período de la dictadura, después de haberse liquidado (según dicen) todas las clases capitalistas.

Para explicar la necesidad de un reforzamiento ulterior de la máquina burocrática, Stalin decía en el mismo Pleno: «*Los kulaks, en tanto que clase, están destruídos, pero no aniquilados...*» Si se acepta esta fórmula, esto quiere decir: para acabar con los *kulaks* destruídos hace falta una dictadura todavía más concentrada que para destruir al *kulak* en toda la plenitud de sus fuerzas. «*El reforzamiento máximo* del poder estatal es necesario, según la expresión literal de Stalin, *para acabar con los vestigios de las clases moribundas*».

Molotov, que, en general, tiene una desdichada tendencia a sacar todas las consecuencias de las ideas de Stalin, da una expresión, perfecta en su género, a la paradoja del burocratismo. «*Si bien*—dice en el Pleno de enero—*la fuerza de los vestigios de las clases burguesas en nuestro país se funde, su resistencia, su resentimiento y su rabia se acrecientan más allá de todo límite.*» Las fuerzas se funden, pero el resentimiento se acrecienta: al parecer, Molotov no duda de que la dictadura es necesaria, no contra la fuerza, sino contra el resentimiento. Sin embargo, un resentimiento que no está armado de la fuerza deja de ser un peligro.

«*No se puede decir*—reconoce, por su parte, Stalin—*que estos despojos puedan cambiar la menor cosa, con sus maquinaciones de sabotadores y de ladrones, en la situación actual de la U. R. S. S. Son demasiado débiles e impotentes para resistir a las medidas del poder soviético.*» Esto parece que está claro. Si las clases dominantes de antaño no son ya más que mezquinos despojos, si son «*demasiado débiles para cambiar la menor cosa* (!) *en la situación de la U. R. S. S.*», de esto debería desprenderse la extinción de la lucha de clases y la dulcificación del régimen. No, replica Stalin: «*Estos despojos pueden criar todavía mucha mugre.*» Pero la dictadura del proletariado no es necesaria contra esta mugre impotente, sino contra los peligros de una restauración capitalista. Si para la lucha contra los enemigos de clase en todo su poder era necesario recurrir a los dos puños armados, contra las sociedades de los *despojos* es bastante el dedo meñique...

Pero, al llegar aquí, Stalin introduce un nuevo elemento. Los vestigios moribundos de las clases destruídas «*recurren a las capas atrasadas de la población y las movilizan contra el poder soviético*». ¿Pero es que las masas se han hecho más atrasadas durante los años del primer Plan quinquenal? Al parecer, no. ¿Es su actitud hacia el Estado lo que ha empeorado? Si es así, esto significa que el «*reforzamiento máximo*» del poder soviético (mejor dicho, las represiones) es necesario para luchar contra el descontento creciente de las masas. Stalin agrega: con la movilización de las capas atrasadas de la población «*pueden resucitar y comenzar a remover los residuos de los elementos contrarrevolucionarios de las tendencias trotskistas y derechistas*». Tal es el último argumento: puesto que pueden remover (¡todavía no hacen más que poder!) los residuos (¡nada más que los residuos!), hace falta... la concentración máxima de la dictadura.

Embrollado desesperadamente en los *residuos* de su propio pensamiento, Stalin agrega inesperadamente: «*Esto seguramente no es cosa de temer.*» ¿Por qué, pues, asustarse y asustar a los demás, si no hay nada que temer? ¿Y por qué introducir un régimen de terror contra el Partido y el proletariado, si se trata solamente de residuos impotentes, incapaces *de cambiar la menor cosa en la U. R. S. S.*?

Todo este amontonamiento de confusión, que no es más que una incoherencia manifiesta, es el resultado de la imposibilidad de disfrazar la verdad. En realidad, Stalin-Molotov debieran decir: «*Dado el descontento de las masas, siempre creciente y amenazador, y la corriente, cada día mayor, de los obreros hacia la Oposición de Izquierda, es necesario redoblar las represiones para proteger las posiciones privilegiadas de la burocracia.*» Así, todo quedaría en su verdadero lugar.

4.—EL ESTANCAMIENTO DEL DINERO Y EL ESTANCAMIENTO DEL ESTADO.—El nudo de las contradicciones, en que desesperadamente se han embrollado la teoría y la práctica del centrismo burocrático, se mostrará bajo un nuevo aspecto, si examinamos la analogía entre la función del dinero y la función del Estado, durante el período de transición. El dinero, como el Estado, representa una herencia directa del capitalismo; deben desaparecer; pero no podrán ser suprimidos por decreto, sino que se irán extinguiendo en un proceso dialéctico. Las diversas funciones del dinero, como las del Estado, mueren de distinta manera. En tanto que instrumento de acumulación privada, de usura, de explotación, el dinero se extingue paralelamente a la liquidación de las clases. Como instrumento de cambio, de medida del valor del trabajo, de regulador de la división social del trabajo, el dinero se disuelve gradualmente en la organización planificada de la economía social; en fin de cuentas, se convierte en un recibo, un cheque sobre una parte de los bienes sociales, para satisfacer las necesidades de la producción y de los individuos.

El paralelismo de los dos procesos de desaparición—del dinero y del Estado—no es casual: los dos tienen las mismas raíces sociales. El Estado perdura en tanto que instrumento regularizador de las relaciones entre las diversas clases y sectores sociales, cada una de las cuales hace su propio balance tratando de obtener un saldo activo. La substitución definitiva del dinero, en tanto que instrumento de medida del valor, por una evaluación estadística de la fuerza viva de producción, de los instrumentos de trabajo, de las materias primas y de las necesidades, no llegará, a ser posible, más que en

un estudio en que la riqueza social libere a todos los miembros de la sociedad de la necesidad de rivalizar entre sí en el reparto de la ración social.

Esta etapa está todavía lejos. La función del dinero en la economía soviética, no solamente no está terminada, sino que, en cierto sentido, es solamente ahora cuando se debe desarrollar por completo. El período de transición, considerado en su conjunto, no significa una restricción de la circulación de mercancías, sino, al contrario, una ampliación extrema de la misma. Todas las ramas de la economía se transforman, se desarrollan y están obligadas a fijar cuantitativa y cualitativamente sus relaciones entre sí. Muchos productos, que bajo el capitalismo no son accesibles más que a una pequeña minoría, deben ser suministrados ahora en proporción mucho mayor. La liquidación de la economía campesina, con su consumo interior, y de la economía doméstica, replegada sobre sí misma, significa la entrada en la circulación social (monetaria) de toda la energía productora que se gasta ahora en los linderos de las aldeas y en los muros de las habitaciones privadas.

Teniendo cuenta de todas las fuerzas productivas de la sociedad, el Estado socialista tiene la misión de darles el destino y la distribución más productivas para la sociedad. Los métodos de contabilidad económica elaborados por el capitalismo—la contabilidad monetaria—no deben ser suprimidos, sino generalizados. La edificación socialista es imposible sin introducir en el sistema planificado el interés personal del productor y del consumidor. Este interés no puede manifestarse activamente más que teniendo a su servicio un instrumento seguro y flexible: un sistema monetario estable. En particular, el crecimiento de la productividad del trabajo y la mejora de la calidad de la producción son absolutamente imposibles sin un instrumento preciso de medida, que penetre libremente por todos los poros de la economía, es decir, una unidad monetaria firme.

Si un sistema monetario estable es necesario a la economía capitalista para que restablezca sus proporciones inestables con ayuda de las oscilaciones de la coyuntura, que tantas energías derrochan, tal sistema es mucho más necesario para la preparación, elaboración y regularización de una economía planificada. No basta con construir nuevas fábricas: es necesario que la economía se las asimile. Esta asimilación significa la verificación de la experiencia, la adaptación, la selección. Una verificación por el rublo, falsificar un plan económico sobre una divisa escurridiza es la misma cosa que hacer dibujo de maquinaria con un compás roto y una regla torcida. Esta es precisamente la situación actual. La inflación del chervonetz es uno de los más perniciosos resultados, y, al mismo tiempo, instrumento de la desorganización burocrática de la economía soviética.

La teoría oficial de la inflación está al mismo nivel que la teoría oficial de la dictadura analizada anteriormente. «*La estabilidad de la divisa soviética*—decía Stalin en el Pleno de enero—*está garantizada, ante todo, por una cantidad enorme de mercancías en manos del Estado, y puestas en circulación a precios fijados.*» Si esta frase tiene un sentido, no puede ser más que el siguiente: el dinero soviético ha dejado de ser dinero; ya no sirve para medir el valor y, por lo tanto, para establecer los precios; *«los precios fijados son determinados por el poder del Estado»*; el chervonetz no es más que un bono de contabilidad en la economía planificada. Esta idea es completamente paralela e idéntica a las ideas de *liquidación de las clases* y de *extinción en el reino del socialismo*. No obstante, Stalin, en su lenguaje a medias palabras, no osa renunciar a la teoría de la cobertura oro. ¡No!, pues la cobertura oro *también*, no es que sea superflua, pero debemos notar que su significación es por completo auxiliar. Tenemos necesidad de ella para el comercio exterior, en que hay que pagar en dinero contante y sonante. Pero para la prosperidad de la economía interior basta con los precios fijos, establecidos por el Secretariado del C. C. y por sus representantes.

Que la rapidez de la baja de la capacidad de compra de los signos monetarios depende, no solamente de la cantidad de papel impreso en circulación, sino que también de la *cantidad de mercancías*, es cosa que sabe todo estudiante de economía política. Esta ley concierne por igual a la economía capitalista y a la economía planificada. La diferencia estriba en que en la economía planificada se puede, con ayuda de medidas administrativas, disfrazar la inflación durante mucho más tiempo, o, por lo menos, en cabrir su amplitud. ¡Tanto más temible será el desenlace! El dinero regularizado por los precios administrativos pierde, en todo caso, la capacidad de reglamentar los precios, y, por consiguiente, el Plan. En este dominio, como en otros, el *socialismo* consiste, para la burocracia, en sustraer su voluntad a todo control: al del Partido, al de los Soviets, al de los Sindicatos y al de la moneda.

La economía soviética actual no es ni monetaria ni planificada; es, más que nada, un tipo de economía burocrática. La industrialización exagerada y desequilibrada mina las bases de la economía agraria. Los campesinos tratan de encontrar una salida en la colectivización. La experiencia se encarga de demostrar acto seguido que una colectivización desesperada no es una colectivización socialista. La decadencia ulterior de la economía soviética ha herido a la industria. Para sostener los ritmos imposibles y desequilibrados se recurre a una presión extrema sobre el proletariado. Librándose del control material de la masa de consumidores y del control político del productor, la industria ha adquirido un carácter supersocial, es decir, burocrático. El resultado es que se encuentra incapaz de satisfacer las necesidades humanas, aun en el grado en que las satisface la industria capitalista menos desarrollada. La economía agraria ha respondido a las ciudades impotentes por una guerra de hambre. Bajo el yugo eterno de la desproporción entre la tensión de sus esfuerzos productivos y sus condiciones de existencia, más graves cada día, los obreros, los koljosianos y los propietarios individuales, pierden el interés por el trabajo y se llenan de irritación contra el Estado. De aquí—de aquí precisamente, y no de la mala voluntad de los *residuos* disfrazada la necesidad de introducir la coerción en todos los focos de la vida económica (reforzamiento del poder del director, ley sobre las ausencias, pena de muerte para los koljosianos que dilapiden los bienes de los *koljoses*, medidas militares durante la siembra y la recolección, obligación para los campesinos individuales de ceder sus caballos a los *koljoses*, sistema de pasaportes, secciones políticas en las aldeas colectivizadas, etc.).

El paralelismo del destino del dinero y del Estado se presenta aquí, ante nosotros, bajo una forma nueva y muy clara. Las desproporciones de la economía empujan a la burocracia por la senda de la inflación progresiva del papel-moneda. Al desconocimiento de las masas ante los resultados materiales de las desproporciones económicas, la burocracia responde por la represión pura y simple. La planificación económica se desentiende del control político. La negación de las «causas objetivas», es decir, de los límites materiales para el acrecentamiento de los ritmos, como el abandono del patrón oro para

la moneda soviética, entrañan dos delirios «teóricos del subjetivismo burocráticos».

Si el sistema monetario soviético se disuelve, no es precisamente en el socialismo, sino en sentido capitalista: es por la inflación. El dinero deviene, no un instrumento al servicio de la economía planificada, sino el instrumento de su desorganización. Se puede decir también que la dictadura del proletariado muere, asimismo, por inflación burocrática, es decir, por una hinchazón excesiva del sistema de violencias, de represiones y de arbitrariedades. La dictadura del proletariado no se disuelve en la sociedad sin clases, sino que degenera en plenos poderes de la burocracia contra la sociedad.

En la esfera de la inflación monetaria, como en la de la arbitrariedad burocrática, se resume toda la falsedad de la política del centrismo, en el dominio de la economía soviética, como en el dominio del movimiento proletario internacional. El sistema stalinista está agotado hasta el fondo y condenado. Su naufragio se aproxima con la misma implacabilidad que la victoria del fascismo hitleriano en Alemania. Pero el stalinismo no es una cosa aislada; como una planta parásita está enlazado al tronco de la Revolución de Octubre. La lucha por la salud de la dictadura del proletariado es inseparable de la lucha contra el stalinismo. Esta lucha ha llegado a un estadio decisivo. El desenlace se aproxima. Pero todavía no se ha pronunciado la última palabra. La Revolución de Octubre sabrá aún defenderse.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 29 abril 1933.

A propósito de la política exterior de la burocracia stalinista

En Oriente el Gobierno soviético está dispuesto a vender sus derechos sobre el ferrocarril del Este chino. En Occidente renueva el antiguo Tratado germanosoviético sobre el nombre de Hitler. En dos direcciones opuestas de su política exterior, el Gobierno de Stalin-Molotov se inclina ante el imperialismo y el fascismo.

El abandono del ferrocarril del Este chino no significa simplemente la pérdida para el Estado obrero de una posición económica y estratégica importante, sino el traspaso directo en manos del imperialismo japonés de un instrumento importante que mañana mismo será dirigido contra China y también contra la Unión Soviética.

El acuerdo de Stalin con Hitler afirma la posición de Hitler y no puede por menos de reaccionar lamentablemente sobre el estado de espíritu de los obreros alemanes. «Que el poderoso Estado obrero esté obligado a buscar la amistad de Alemania fascista significa que la posición de los nazis es sólida.» Esto es lo que se dirá inevitablemente todo obrero alemán que piense. En el momento en que la burocracia de la Internacional Comunista presenta la victoria de Hitler como un episodio pasajero y pone a la orden del día la cuestión de la huelga general y de la insurrección (sobre el papel), la burocracia soviética encuentra indispensable establecer relaciones «normales» con la dictadura fascista de Alemania. Los actos de Litvinov-Chintchuk caracterizan mucho más exactamente el punto de vista de los stalinistas que la literatura barata de Manuilsky-Knusinen.

La rebelión reina en los círculos revolucionarios europeos a propósito de los últimos pasos de la burocracia stalinista en política extranjera; no sólo en los grupos oposicionistas, sino también en los Partidos oficiales, la palabra «traición» se encuentra cada vez más frecuentemente, si no en los artículos, por lo menos en las cartas y en las conversaciones.

Tales protestas no son difíciles de comprender psicológicamente; pero no podemos asociarnos a ellas políticamente. La cuestión de las relaciones entre el Estado soviético y el imperialismo es en su esencia una cuestión de relación de fuerzas. Después de que la revolución china en Oriente y la vanguardia poderosa del proletariado europeo en Occidente fueron ahogadas, la relación de fuerzas se ha modificado bruscamente en detrimento del Estado soviético. A esto es necesario añadir la nefasta política interior, el relajamiento de los lazos entre el proletariado y los campesinos, entre el aparato y la dictadura personal, entre el Partido y el proletariado, entre el aparato y el Partido. Cada una de estas causas políticas obligan a los burócratas centristas a aterrorizar a la Oposición y a batirse en retirada ante el Mikado y ante Hitler.

La burocracia stalinista es responsable de toda su política oportunista y aventurera. Pero las consecuencias de esta política no dependen de su voluntad. Es imposible resolver la cuestión a gusto con una relación de fuerzas desfavorable. ¿Qué política hubiera podido aguardar o exigir por parte del Gobierno soviético de Alemania fascista? ¿El boicot? Esta medida no podía tener un sentido más que como preparativo de operaciones militares. Hace dos años hemos trazado una perspectiva de este género, no aisladamente, sino en relación estrecha con un cambio radical de política en la U. R. S. S. y en Alemania, es decir, contando con el reforzamiento del Estado obrero y del proletariado alemán. El desarrollo se emprende sobre el camino opuesto. Hoy, mientras que los obreros alemanes son aplastados, mientras que el Estado obrero se ha debilitado, el curso hacia la guerra sería el más puro aventurerismo.

Sin semejante curso, es decir, sin los preparativos directos de guerra revolucionaria y de insurrección en Alemania, la ruptura de relaciones diplomáticas y el boicot económico no serían más que un simple gesto impotente y miserable. La ausencia de pedidos rusos ciertamente aumentaría algún poco en Alemania el número de los sin trabajo. ¿Pero es que hasta ahora han faltado obreros parados para la revolución? Han faltado un partido revolucionario y una política justa. Esto falta doblemente ahora. No podemos examinar ahora a quién sería útil una reanudación económica en Alemania: al fascismo o al proletariado. Está claro que el problema general de la coyuntura no se resuelve con los pedidos soviéticos. En desquite, por otro lado, la negativa a tener relaciones económicas con Alemania afectaría duramente a la economía soviética y, por tanto, afectaría todavía más al Estado obrero.

Nosotros repetimos: la fracción stalinista tiene una responsabilidad directa e inmediata por el naufragio de la revolución china, por la destrucción del proletariado alemán y por el debilitamiento del Estado obrero. Sobre esta línea fundamental es preciso llevar a cabo la lucha contra ella. Es necesario purificar el movimiento obrero mundial de la lepra del stalinismo. Pero es preciso luchar contra las raíces del mal y no contra sus síntomas o sus consecuencias inevitables.

Como marxistas en la lucha contra el centrismo burocrático continuamos estando en el terreno del realismo revolucionario. Si los bolcheviques-leninistas (Oposición de Izquierda) se encontrasen hoy al frente del Estado soviético, se verían forzados en sus *actos prácticos inmediatos* a partir de la relación de fuerzas resultante de diez años de política de los epígonos. Se verían forzados, en particular, a emprender relaciones diplomáticas y económicas con la Alemania de Hitler. Al mismo tiempo se prepararían para el desquite. Es una gran tarea que exige tiempo, que no se resuelve con un gesto demostrativo, sino que exige un cambio radical de la política en todos sus dominios.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 12 de mayo de 1933.

En el Partido Comunista de la Unión Soviética

ZINOVIEV Y KAMENEV

Han capitulado de nuevo. La Prensa soviética lo comunica victoriosamente y *Vozs* informa de ello al mundo entero. Es, sin embargo, difícil imaginar un hecho que comprometa más terriblemente no sólo a los capituladores mismos, sino también al régimen que tiene necesidad de semejantes sacrificios. Es imposible mantenerse en pie mucho tiempo con la columna vertebral rota. Por otra parte, el aparato stalinista se ha convertido en una máquina de romper vértebras.

Zinoviev y Kamenev fueron excluídos hace algunos meses del Partido y desterrados, no por su propia actividad oposicionista, sino por haber sabido y no denunciado la acción oposicionista de los derechistas. Tal era en todo caso el pretexto formal. La causa real era que Zinoviev y Kamenev, en la atmósfera de descontento general, constituían un peligro. Es verdad que ellos habían ya capitulado en enero de 1928. ¿Pero ante quién? Ante la burocracia anónima bajo la máscara del Partido. Semejante capitulación no perdido ahora todo su valor. Es necesario reconocer la infalibilidad de Stalin para tener derecho a respirar y a vivir políticamente. Zinoviev y Kamenev no podían de ninguna manera someterse a semejante postración moral. Han pertenecido durante largo tiempo al estado mayor de Lenin: conocían demasiado bien a Stalin, su papel en el pasado, sus dimensiones reales. El juramento de fidelidad a la persona de Stalin no podía salirles de la garganta. Por esto precisamente fueron excluídos.

No es difícil imaginarse lo que ha sucedido después entre cortinas. En el aparato se estima desde hace tiempo que la dirección de Stalin resulta demasiado cara al Partido. Stalin mismo siente esto. Esto no ha pasado sin intermediarios, sin solicitaciones humillantes en un sentido, sin exhortaciones cínicas en otro, por parte de los pretendidos «viejos bolcheviques». «Reconoced su genio ahora está no cuesta demasiado caro—y regresaréis a Moscú; es mucho mejor estar en el Partido.» Y Zinoviev y Kamenev han «reconocido», es decir, se han obscurecido definitivamente. Su caso personal es profundamente trágico. Cuando el historiador futuro quiera mostrar hasta qué punto las épocas de las grandes conmociones vacían implacablemente a los hombres, dará el ejemplo de Zinoviev y Kamenev...

En el momento de la *primera* capitulación podían todavía tener ilusiones: «trabajar en el Partido», «aproximarse al Partido», «influenciar las masas». Ahora no queda nada de las ilusiones. Zinoviev y Kamenev no vuelven de la Oposición al Partido, sino sólo de la deportación a Moscú. Su regreso es necesario a Stalin por el mismo motivo que la presencia de Bujarin y de Rykov en la tribuna de la manifestación del Primero de Mayo: a falta de ser cubierto el vacío alrededor del «jefe», será disimulado.

El fracaso de la primera capitulación de Zinoviev y Kamenev, que tenía un carácter político, fué una demostración forzada y tanto más convincente en favor de la Oposición de Izquierda; no se puede servir al Partido más que sirviendo sus ideas y no al aparato devastador. La segunda capitulación, que tiene un carácter puramente personal, refuerza la misma conclusión por otro lado. Como el héroe de Gogol, Stalin agrupa almas muertas en ausencia de almas vivas. La conservación de la herencia del bolchevismo, la educación de los nuevos reclutas revolucionarios sigue siendo no sólo la tarea histórica, sino también el alto privilegio de la Oposición de Izquierda.

L. TROTSKY.

23 mayo de 1933.

¿QUÉ ES DE RAKOVSKY?

La cuestión del paradero de Rakovsky está rodeada de un misterio trágico. Se puede admitir con certeza que Rakovsky no se halla ya en Barnaul, el lugar de su antigua deportación. Basándose sobre las informaciones de dos fuentes diferentes, la una oposicionista, la otra «oficial», es decir, ligada a los stalinistas, se puede admitir con certeza que Rakovsky, enfermo, fué llevado de Barnaul a Moscú. La fuente oposicionista comunica también que Rakovsky había muerto en el hospital del Kremlin. Según la fuente «oficial», Rakovsky ha sufrido una operación y ha sido curado. Por *L'Humanité*, Stalin ha desmentido en una forma obscura la información sobre la muerte de Rakovsky. Sin embargo, las esferas dirigentes no dicen nada de su suerte ulterior. Un telegrama muy conocido de Reuter, procedente de Moscú, dice que «Rakovsky practica la medicina en la región de Yakutsk». Reuter no podía inventar esto: la información le fué indudablemente dictada en Moscú. ¿Cómo ligar estos hechos con el conjunto? El traslado de Rakovsky de Barnaul al hospital del Kremlin testimonia, al parecer, una atención extraordinaria hacia él. En este caso, ¿por qué Rakovsky no fué no sólo enviado al Mediodía después de la operación, como los médicos lo exigían desde hace tiempo, ni enviado a Barnaul, y fué, por el contrario, deportado al círculo polar, es decir, en condiciones mortales para él? No tenemos ninguna información para explicar esta contradicción. Estamos obligados a exponer una hipótesis que necesita comprobación. En todo caso, nos parece que ella se deriva de toda la situación.

La enfermedad de Rakovsky ha coincidido en el tiempo con una nueva ola de furia antitrotskista, por una parte, y con los *pourparlers*

en los pasillos que han conducido a la nueva capitulación de Zinoviev y Kamenev, por otra parte. Del contenido de las declaraciones de Zinoviev y Kamenev se deriva claramente cuánta necesidad tiene Stalin de testimonios autorizados contra la Oposición de Izquierda. Se puede muy bien admitir que los stalinistas utilizaron la enfermedad de Rakovsky para arrancarle alguna declaración. Es probable que para este fin fuera llevado al hospital privilegiado del Kremlin, es decir, puesto en condiciones en las cuales no puede pensar un deportado. La operación, como se nos informa, transcurrió felizmente. A continuación—y esto corresponde por completo al carácter de Stalin—éste debió presentar a Rakovsky una factura política como pago. Rakovsky—esto corresponde por completo a su carácter—debió rechazar con indignación la cuenta presentada. He aquí por qué el viejo combatiente no regresó a Barnaul, sino que fué echado al círculo polar.

No vemos otras explicaciones. Los stalinistas tienen todas las posibilidades de desmentir nuestra hipótesis. Aguardemos con impaciencia la rectificación, o puede ser que nuestra hipótesis sea demasiado... optimista y los stalinistas encuentren más ventajoso para ellos callarse.

L. T.

Prinkipo, 25 de mayo de 1933.

Se ha puesto a la venta el interesantísimo trabajo de nuestro camarada Trotsky titulado:

LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMAN

(Los obreros alemanes se rebarán el stalinismo, jamás.)

El precio del ejemplar es a 20 céntimos, y los pedidos pueden hacerse a Ediciones Comunismo, Apartado 9034, Madrid. Los giros a Luis García Palacios, Narváez, 56, Madrid.

¿Congreso Antifacista europeo? No, Congreso antitrotskista

FUERZA E ILUSION

Algunos días antes de la subida de Hitler al poder, ante la casa del Partido, «Karl Liebknecht», en Berlín, Thaelmann asistía al desfile de millares y millares de proletarios que proclamaban su voluntad de lucha contra el fascismo. Cinco millones de obreros votaban por el P. C. alemán. ¡Cuántos eran los que se imaginaban que este coloso resistiría! Sin embargo, las peores previsiones han sido inferiores a lo que ha ocurrido en la realidad. Thaelmann, el jefe del gran Partido Comunista alemán, ha sido pisoteado, encarcelado, expuesto a la supresión física sin la más pequeña oposición por parte de los comunistas. Sobre la casa de Karl Liebknecht, allí donde la bandera roja flotaba al viento, flota ahora la cruz gamada, desafiando insolente al proletariado alemán y del mundo entero. Nunca se ha conocido peor tragedia en tan poco tiempo. He aquí un hecho histórico que debe hacer reflexionar a los más obstinados tragatrotskistas.

¿Por qué ha podido ocurrir semejante catástrofe en Alemania? ¿La traición de la socialdemocracia? Esta traición estaba prevista. Se trata no de la traición de la socialdemocracia, sino de la catástrofe del Comunismo alemán. ¿Por qué ha ocurrido semejante catástrofe? La respuesta para todo comunista, para todo proletario que piense, no puede ser más clara y evidente. Después de la experiencia italiana, la experiencia alemana viene a confirmar de una manera todavía más trágica que el fascismo no puede ser vencido por mascaradas, y menos todavía agitando banderas, con discursos más o menos patéticos. Sin ideas justas no se puede ni luchar contra el fascismo ni vencerlo. Los proletarios italianos que se han batido contra el fascismo o que han aprendido con su experiencia lo que es el fascismo; los proletarios alemanes, que hacen esta experiencia terrible bajo Hitler, debieron, al ir a París al Congreso Antifascista, haberse puesto en guardia contra la sustitución de la fuerza real por las ilusiones y la fachada.

Además, antes de este Congreso de París, como ya es sabido, se había celebrado el Congreso de Amsterdam contra la guerra. ¿Y qué queda de este Congreso? Sólo el recuerdo. En Extremo Oriente, la guerra entre China y Japón se ha convertido en un hecho permanente. En Ginebra, en Europa, entre Europa y América, los elementos de guerra están cada vez más a la orden del día. ¿Qué acción concreta se ha desarrollado para dejar sentir el peso del proletariado, de las masas trabajadoras, en la balanza de los acontecimientos internacionales contra los fomentadores de las guerras? Se pueden multiplicar los Comités, la adhesión de las grandes personalidades; pero si las organizaciones de la clase obrera se debilitan, si los partidos comunistas, en lugar de desarrollarse y de reforzarse, marchan hacia su ruina y se disgregan; si la clase obrera permanece sin dirección ca-

paz de orientarla justamente, el estado de espíritu colectivo más favorable a la lucha, como se ha visto en Alemania, puede ser desperdiciado y perdido y convertirse en su contrario: depresión y pasividad.

Los burócratas stalinianos persisten en no querer aprender nada de la lección de los hechos, persisten en el callejón sin salida para un reconocimiento del movimiento obrero revolucionario. El Congreso Antifascista que se ha celebrado en París lo ha confirmado con evidente claridad. En la declaración de la Oposición Internacional de Izquierda para este Congreso Antifascista, nosotros decimos: «Con una sola condición el Congreso de lucha contra el fascismo podría representar un papel progresivo, aunque modesto: si sacude la hipnosis del director de escena burocrático que actúa detrás de las cortinas y pone en su orden del día una discusión libre sobre las causas de la victoria del fascismo alemán, sobre la responsabilidad de las organizaciones dirigentes proletarias y sobre un verdadero programa de lucha revolucionaria.» No se ha seguido este camino.

El encarnizamiento puesto en práctica para impedir que los delegados de la Izquierda Internacional se expresasen en el Congreso ha mostrado, más que ninguna otra cosa, el verdadero sentido de lo que ha sido el Congreso Antifascista: una demostración para tratar de levantar el prestigio del stalinismo, explotando el deseo de unidad que existe en ciertas capas de las masas obreras, y al mismo tiempo, el disgusto de las masas socialdemócratas por la capitulación de la socialdemocracia. El Comunismo internacional hubiera podido deducir de estas condiciones de hecho una gran ventaja para su señalamiento; pero sólo si se ponía fin a los métodos nefastos y destructivos de la burocracia stalinista. Por el contrario, el Congreso Antifascista de París se ha desarrollado bajo el signo y seña de la caza de los oposicionistas, del verdadero programa contra los militantes de la Oposición de Izquierda Internacional, cuya plataforma es la única que da directivas justas para la lucha contra el fascismo. Con esto solo hecho, el Congreso estaba condenado a ser una manifestación sin esperanza para el movimiento revolucionario.

El problema urgente que se plantea hoy a todos los trabajadores es el de detener la marcha de la reacción capitalista para preparar el contraataque de los explotados. La burocracia stalinista es incapaz de detener a la reacción capitalista y conducir a las masas trabajadoras hacia una fase ascendente de su movimiento. Es la Oposición de Izquierda Internacional a la que incumbe la tarea no sólo de rehacer el prestigio del Comunismo, sino de darle una fuerza verdadera.

COMUNISMO.

Cómo se desarrolló el Congreso

El espectro del trotskismo asustó a los organizadores del Congreso Antifascista desde el comienzo al final de los debates. Derrotas como la del proletariado alemán arrojan una luz vivísima sobre todas las perspectivas que el ala marxista ha establecido desde hace años. A fin de que la burocracia no saliera aplastada del Congreso, se pusieron en práctica todo género de procedimientos para eliminar a nuestros camaradas. Las medidas burocráticas serán vanas. La

burocracia stalinista ha evidenciado cómo degenera de día en día. Es una burocracia termidoriana, a la cual el término de revolucionario no le sirve más que de pretexto para expresar la presión del enemigo de clase en las filas obreras. El Congreso Antifascista se ha celebrado ya y se ha demostrado incapaz de resolver los problemas que tenía planteados ante sí. Profundas fisuras se han revelado en su seno: la ilusión de fuerza que daba la reunión de millares de hombres, los discursos optimistas, los servidos de orden implacables no fueron más que expresiones de la impotencia stalinista. El signo más elocuente fué la ausencia de toda delegación obrera soviética. Esto demuestra a la vez el poco crédito de esta manifestación en los medios gubernamentales de la U. R. S. S. y la voluntad de estos medios de no producir, por ligero que sea, el menor disgusto ni a Hitler ni a Daladier.

Ante el anuncio hecho por algunos de los organizadores de que los trotskistas no serían admitidos en el Congreso, el Secretariado Internacional de nuestra Organización se dirigió a la Comisión organizadora. He aquí la contestación que esta dió: «Al Secretariado Internacional de la Oposición de Izquierda: En contestación a vuestra carta del 23 de mayo, tenemos que contestaros lo siguiente: El Congreso obrero antifascista europeo es un Congreso de masas, al cual las capas laboriosas más amplias de todos los países han dado su adhesión y han elegido, desplegando una lucha antifascista común y activa, representantes de las masas de todos los países. Los grupos ligados a vosotros no representan ninguna masa y no sabemos nada de su participación en la lucha antifascista en relación con el Congreso europeo antifascista. El llamamiento del Buró de organización para la convocatoria del Congreso del 26 de febrero se dirigía a todas las organizaciones obreras políticas y sindicales, invitándolas a adherirse al Congreso y a enviar delegados. *La participación en el Congreso supone el reconocimiento de la plataforma de lucha contra antifascista preconizada en el llamamiento del Buró de organización.*

»No tenemos conocimiento de ninguna comunicación con motivo de vuestro reconocimiento de la plataforma del Congreso y de vuestra adhesión al Congreso sobre esta base. Por el contrario, Trotsky, vuestro Secretariado Internacional y los grupos ligados a vosotros llevan a cabo una campaña infame contra el Congreso, y la difamación llega a la más vergonzosa denuncia contra el Congreso. (Ver *Unser Wort*, periódico de vuestra sección alemana.) No ignoráis tampoco que vuestro grupo en Francia ha adoptado una decisión expresamente contra el Congreso obrero antifascista, es decir, contra el frente único de millones de hombres para la lucha decisiva contra el avance del fascismo y para la caída de la dictadura de los asesinos fascistas; el grupo trotskista contrarrevolucionario se encuentra en un digno frente único con los dirigentes de la II Internacional. He aquí lo que tenemos que responder a vuestra demanda.—*El Buró de organización para la convocatoria del Congreso obrero europeo antifascista.*»

No es necesario decir que los «trotskistas» aguardábamos ya esta maniobra. Todas las representaciones en nombre de organizaciones oposicionistas fueron automáticamente rechazadas. Los camaradas que se presentaron con nombramientos de organizaciones obreras debidamente sellados, pasaban por el control de las direcciones nacionales. Todos aquellos que eran reconocidos como trotskistas fueron objeto de la maniobra siguiente: se les pedía su nombramiento para cambiarlo por una tarjeta de delegado; se les suplicaba que

aguardasen un momento, y después se les negaba la tarjeta cínicamente, y los stalinianos se quedaban con el nombramiento. En otros casos, más diplomáticamente, se les suplicaba que volvieran, y al regresar, como no tenían ni el nombramiento ni la tarjeta, se les negaba el acceso a la sala de las reuniones. Esto no corría sin réplica, y entonces el «servicio de orden» liquidaba implacablemente a los que protestaban.

Se recurrió a todo género de violencias de una manera organizada. Sarraceno, ex redactor jefe de *Unità*, órgano central del P. C. italiano, provisto de una tarjeta de Prensa, entró en el Congreso. Conducido a los sótanos por los agentes de «control político» ante la «comisión especial italiana», el camarada Sarraceno fué obligado a abandonar el Congreso. Antes de que pudiera salir, los *mazzieri* stalinianos (verdugos) contra unó se lanzaron contra nuestro camarada a patadas y puñetazos. Nuestro camarada resultó con las gafas rotas y con heridas en la cabeza. A nuestro camarada francés Allan se le encerró en un cuarto y allí se le maltrató de una manera salvaje.

Los delegados, agrupados por idiomas, tenían que obedecer a la disciplina nacional, dar a conocer los nombres de los camaradas que deseaban intervenir. A un camarada italiano que quiso intervenir, el jefe del grupo le pidió que previamente diese el proyecto de lo que iba a decir. La primera sesión, la de apertura, dió lugar a un violento incidente. Un camarada belga, Werecken, habiendo pedido la palabra al comienzo de la sesión y no habiéndosela concedido, pidió la palabra para una cuestión de orden. Fueron a buscarle a la tribuna y le sacaron de la sala; se le encerró en la parte de los sótanos que se había destinado al secuestro de los oposicionistas. Como algunos camaradas protestaron contra estas violencias, se las arrojó brutalmente de la sala y se les pidió su tarjeta de delegados, que el servicio de orden stalinista rompía en mil pedazos. En la misma sesión, dos trabajadores, un ferroviario y un metalúrgico, fueron arrojados de la sala porque el servicio de orden estimaba que tenían una actitud dudosa.

Al comenzar la primera sesión, el camarada Jorge Vitsoris, delegado de la Confederación General de Mutilados y Víctimas de las Guerras imperialistas en Grecia, pidió la palabra. El presidente manifestó que todo delegado que desease hablar debía solicitarlo por mediación del jefe de su sección nacional, que, naturalmente, era siempre un stalinista. De esta manera se prohibió hablar a todo delegado oposicionista. Sin embargo, la Oposición de Izquierda no podía someterse a esta decisión antiproletaria y burocrática y contentarse con callar. Por esto, cuando el presidente anunció que iba a hablar Bergery, pequeño burgués radical, el camarada Vitsoris, levantándose de su sitio, gritó: «Camaradas: En nombre de sesenta mil mutilados y víctimas de la guerra de Grecia, protesto contra la exclusión de la Oposición de Izquierda y pido la palabra. ¡Viva la Internacional Comunista de Lenin y de Trotsky! ¡Viva la revolución proletaria! ¡Abajo el fascismo! ¡Viva Trotsky! ¡Libertad a Rakovsky!» Inmediatamente hordas de burócratas procedentes de todos los lados de la sala se lanzaron sobre él con una ferocidad inaudita, le cogieron de los cabellos y le golpearon a patadas y puñetazos. La camarada María Dimitrizedes, delegada de las viudas y huérfanos de guerra de Grecia; el camarada Dimitri, delegado de los obreros de la madera de Atenas; el camarada Paget, delegado del Socorro Rojo de Chavigny; un camarada indochino del Socorro Rojo de París, la camarada L..., por haber protestado con el camarada Vitsoris, fueron brutalmente maltratados. El escándalo en la sala duró diez minutos. Nuestros camaradas lucharon contra los burócratas por no ser arrojados de la sala. Gran número de delegados, y principalmente la Delegación inglesa, protestaron enérgicamente contra semejantes brutalidades. Sólo después de un esfuerzo considerable los burócratas lograron arrojar de la sala a nuestros camaradas. Pero la acción antitrotskista de los burócratas no se limitó a esto. Una vez conducidos al sótano del teatro, nuestros camaradas fueron registrados, examinados de un modo completamente policíaco y secuestrados durante dos horas. Fueron liberados únicamente cuando una numerosa comisión de oposicionistas entró en el local exigiendo su libertad. Viéndose los stalinianos obligados a liberar a los secuestrados por la presión de los camaradas del exterior, trataron de arrancarles una declaración manifestando que no habían sido maltratados. Nuestros camaradas manifestaron que como habían sido maltratados no firmarían semejante declaración.

A la delegada de la 11 Sección de las Juventudes socialistas de París se la negó la palabra para protestar del trato que se daba a los delegados oposicionistas. Sufrió la misma suerte que nuestros demás camaradas. Se la condujo al sótano; allí, al darse cuenta de que era una socialista, se la autorizó para volver a la sala. Como nuevamente presenciase actos de violencia, protestó y entonces fué definitivamente arrojada del local, no sin antes haber sido maltratada.

Como es costumbre en estas comedias stalinianas, al final, el presidente, en su discurso, hizo un llamamiento a la sala para que se manifestase unánimemente en favor de la resolución presentada. Al poner a votación la resolución, media docena de locos se manifestaron en contra. Estupefacto, el presidente creyó por un momento que los delegados alemanes que habían votado en contra lo habían hecho por no comprender la resolución. Leyó nuevamente el secretario la resolución, y de nuevo los seis delegados alemanes, *demostrativamente*, votaron en contra. Uno de ellos exteriorizó la manera de pensar de su tendencia al grito de «¡Viva Trotsky!» Después se levantó a hablar un delegado alemán de Francfort, que dijo lo siguiente: «Cuando he venido a este Congreso yo no era oposicionista de izquierda; pero con vuestras calumnias contra los oposicionistas de izquierda, que en todo momento trabajan en revolucionario con nosotros en Alemania, me habéis aproximado a ellos y voto contra vuestra resolución de confusión.» Grandes rumores y gritos acogieron esta declaración. Este voto en contra echó por tierra todos los proyectos teatrales de los organizadores. Era necesario a todo precio un voto de unanimidad, y para obtenerlo no había que despreciar ningún procedimiento. Se rodeó a los delegados belgas y franceses que habían votado en contra. El presidente hizo un nuevo y vibrante llamamiento a la unanimidad. Como la irreductibilidad de los oposicionistas hacía dudosa esta unanimidad en el momento de votar, el servicio de orden se precipitó sobre nuestros camaradas para inmovilizarlos.

El Congreso no ha servido para mejorar las relaciones del partido y de las masas; no ha servido para aumentar el poder de combate y de combatividad de estas masas. El Congreso no tenía raíces más que en la vanguardia que está bajo la influencia comunista. En resumen, ha sido una mascarada más, como ya lo preveía la Oposición de Izquierda. El ejemplo de Alemania debe ser suficiente para el proletariado de todo el mundo. El peligro de la reacción que se cierne sobre España debe ser combatido enérgicamente desde el primer momento. La Izquierda Comunista Española sabrá cumplir en todo momento con su deber.

DESPUÉS DE LA DERROTA

Por el renacimiento del comunismo en Alemania

Dejaría de ser el stalinismo lo que es si llegara a reconocer sus errores y se propusiera la rectificación. Para Stalin y sus epígonos, lo más importante en el desenvolvimiento del movimiento revolucionario es el salvar el prestigio de la casta burocrático que dirige hoy los destinos de la Internacional Comunista. A esto supeditan todo, y para ello no están dispuestos a reparar en detalles. Los ejemplos son numerosos y se repiten todos los días. El último, el más formidable de todos ellos: la derrota alemana.

Hemos comentado en el pasado número el informe de Heckert ante el C. E. de la Internacional y la resolución adoptada sobre él. Después de haber caracterizado de socialfascistas a los reformistas alemanes, de haberlos calificado de hermanos gemelos de los fascistas, ahora nuestros stalinianos descubren que han traicionado el movimiento obrero alemán. Mayor inconsecuencia, califiquémoslo así sólo, no es concebible. ¿Pero es posible que el stalinismo haya sido sorprendido por la traición de la socialdemocracia? ¿Pero es que esta traición no estaba ya descontada para todo obrero consciente? ¿Pero es, volvemos a repetir, que toda la teoría y la táctica del P. C. no estaba inspirada ya en el conocimiento de que con su actuación de traiciones diarias más o menos importantes preparaban los socialdemócratas la gran traición?

Para ningún obrero un poco educado políticamente y que haya seguido el curso del movimiento socialista alemán antes de la subida de Hitler al poder, esta explicación que de la derrota dan los stalinianos puede ser convincente. Si el Partido alemán y la prensa stalinista de todo el mundo nos repetían a diario que la táctica del frente único «sólo por abajo» daba tan excelentes resultados que las masas socialdemócratas seguían por completo las consignas del Partido Comunista, ¿cómo es posible que ahora queden sorprendidos? Sin embargo, ésta es la deducción que se saca de la resolución del C. E. de la Internacional, si no supiéramos que el objeto principal de ella es eludir toda la responsabilidad que sobre la burocracia stalinista recae por la derrota alemana.

Se ha publicado también la resolución del Comité Central del Partido alemán (domiciliado en Moscú), que en la parte que pudiéramos llamar de «principios» no es más que una reproducción de la del Ejecutivo de la I. C. Pero merece una exégesis detenida que no podemos hacer en este número, porque no conocemos más que una parte de ella. Tenemos que limitarnos, también debido a la falta de espacio, a destacar algunos aspectos.

Se dice en ella: «La necesidad de luchar al mismo tiempo contra la influencia de los «nazis» y la charlatanería antifascista de la socialdemocracia, entorpecieron la constitución del frente único con los obreros socialdemócratas y los adherentes a los Sindicatos libres, así

como la lucha del Partido Comunista alemán para ganar a la mayoría de la clase obrera para el Comunismo y para la solución revolucionaria.» No ha sido «la necesidad de luchar al mismo tiempo», sino la teoría del socialfascismo y del frente único «por abajo» lo que han dado esto. Más adelante se agrega: «La victoria del fascismo ha obligado provisionalmente a la clase obrera y a su partido a batirse en retirada. Pero sólo los capituladores y los oportunistas pueden pretender que la clase obrera ha sido derrotada en la lucha contra el fascismo, que ha «perdido una batalla» y «sufrido una derrota». Sólo los aventureros y los putschistas pueden afirmar que en esta situación el Partido hubiera debido proclamar la insurrección armada.» Mayor hipocresía política no puede concebirse.

Nos hacíamos hecho eco en estas columnas, tomando la referencia de Unser Wort, *de la noticia de que Neumann había sido destinado para sustituir a Thaelmann en la dirección del Partido alemán. La información era errónea y, por lo tanto, la nuestra, la resolución del C. C. alemán viene a confirmárnoslo de una manera concluyente. Una gran parte de la resolución es un constante ataque a Neumann y a sus partidarios. La dureza de las expresiones contra él y su tendencia sobrepasan todos los límites. Vanos ejemplos: «La política sectaria del grupo Neumann en la Federación de Juventudes Comunistas y la criminal tentativa de oponer esta organización contra el Partido, contra las juventudes comunistas de la U. S. y contra la I. C. J. aparece hoy como una ayuda directa a la penetración de la influencia fascista en las masas de la juventud, hacia las cuales se ha orientado principalmente el movimiento nazista.» «Por otra parte, el grupo Neumann no ha renunciado aun a su oposición contra la ofensiva ideológica dirigida por Thaelmann, a sus ataques contra la dirección del Partido, a la divulgación de falsos rumores y a su papel de freno en el desarrollo de una autocrítica bolchevique.» «Las proposiciones políticas actuales de los restos del grupo Neumann, cuyo portavoz es el camarada Herzen, se caracterizan por una informe mezcla de franco oportunismo, de trotskismo disimulado y de palchismo declarado. Sus documentos revelan una total incomprensión de la dialéctica revolucionaria, un completo pánico ante la dictadura fascista abierta, una tendencia hostil contra Thaelmann y la dirección del Partido, calumnias trotskistas contra el Partido, la tendencia a romper la unidad del Partido por discusiones fraternales.» «Los Neumann-Herzen han llegado a ser los portaestandartes de todas las corrientes extrañas en la periferia del Partido. Son el canal por el cual el enemigo de clase lanza en el Partido todas las consignas provocadoras. (¿No han exigido—después del golpe de Estado—la declaración de la insurrección armada para el 23 de enero?) En las actuales condiciones de la lucha de clases, sus concepciones son incompatibles con la política y la disciplina del Partido. El C. C. tomará todas las medidas para aplicar en la práctica la línea del Partido y para exterminar despiadadamente, con ayuda de todo el Partido y de toda la clase obrera, a esos perturbadores.»*

Aparte de las redundancias con el informe de Heckert y la resolución de la I. C., ésta es la única novedad que la resolución del C. C. del P. C. A. nos ofrece. Stalin, Manuilsky y demás dirigentes están demasiado comprometidos en la política seguida por Thaelmann en Alemania para que tan repentinamente le dejen abandonado. Ya llegará este momento sin que pase demasiado tiempo. Entretanto, es preciso emprender la ofensiva violenta contra aquellas tendencias críticas que sobre los errores comienzan a desarrollarse en el seno del Partido. La resolución es un anuncio de medidas de terror admi-

nistrativo para intentar cortar el malestar de la base. La dirección criminal trata así de salvar su responsabilidad, una responsabilidad histórica tan tremenda que a ella está unida la muerte del stalinismo como corriente dirigente del proletariado revolucionario. Como ha dicho nuestro camarada Trotsky: «Los obreros alemanes se rehacen; el stalinismo, jamás.»

El P. C. A. ha muerto. Los exabruptos y las vociferaciones de la burocracia stalinista no podrán devolverle la vida. El stalinismo ha sido su enterrador. Nuestros camaradas conocen y han discutido los documentos de las distintas secciones de la O. C. I., en los cuales se manifiestan las diversas tendencias sobre los problemas que plantea al Comunismo la derrota de la revolución alemana. La O. C. I. ha tomado sobre sí partiendo de la base de que el P. C. A. no existe—la tarea histórica que le está encomendada: encauzar el renacimiento del Comunismo en Alemania. Como resultado de la discusión internacional de estos problemas, el Secretariado Internacional de nuestra Organización ha adoptado la resolución que a continuación insertamos.

ICE.

Resolución del Pleno de la Oposición Comunista Internacional

La llegada de Hitler al Poder abre un período nuevo en la historia de después de la guerra. En este período de profundos cambios y desplazamientos de fuerzas sociales se producirán... y nuevos problemas se plantearán y se plantean ya ante el proletariado mundial y su vanguardia revolucionaria. La situación particular en que se encontraba Alemania durante la última crisis mundial creó todas las condiciones que permitían la transformación de esta crisis en una crisis revolucionaria. El desarrollo enorme de la industria, la concentración de las fuerzas proletarias que constituyen la gran mayoría de la población del país, las tradiciones revolucionarias, la existencia de organizaciones obreras fuertes y que poseen medios materiales formidables, el nivel de conciencia de clase elevado, *permitían al proletariado alemán, en las condiciones creadas por la crisis, derribar al capitalismo, convertirse en la clase dirigente, dar, mediante la organización revolucionaria del país, una solución revolucionaria a esta crisis.* No faltaba para esto más que la política que concentraba las fuerzas proletarias y les daba conciencia de la situación real, las movilizara y las arrastrara a la batalla contra los enemigos de clase. Esta política faltaba, y toda la responsabilidad recae sobre el P. C. A., factor subjetivo llamado a dirigir al proletariado en su lucha revolucionaria contra el capitalismo.

Desde 1914 la socialdemocracia marcha sobre la ruta de la traición. Estranguló la revolución de 1919, defendió como la más grande conquista la Constitución de Weimar. Durante trece años fué el apoyo más precioso de la burguesía el partido político que, aunque apoyándose en la clase obrera con una demagogia socialista, trabajaba por la defensa de los intereses capitalistas, reteniendo al proletariado, rompiendo su unidad, sabotaeando su acción de clase. Bajo el pretexto del «mal menor», la socialdemocracia apoyó al Gobierno de Brüning, votó por el mariscal Hindenburg, se inclinó ante el bonapartismo, impidió toda movilización de los obreros socialdemócratas contra las medidas de Papen-Schleicher y con toda su política abrió el camino al fascismo hacia el poder. Lamiendo la bota ensangrentada de Hitler, le abandonó sin ninguna resistencia todas las organizaciones de clase del proletariado. Así, al rechazar la batalla, la socialdemocracia entregó al fascismo a los millones de obreros alemanes que, arrastrados por su demagogia y por sus ilusiones democráticas, la seguían. No se podía aguardar de ella una actitud diferente. No ha hecho más que cumplir su tarea como agente de la burguesía en las filas del proletariado.

Por esto ante la clase obrera todas las responsabilidades recaen sobre el P. C. Vanguardia revolucionaria del proletariado, sección alemana de la I. C. formada para luchar contra la traición socialdemocrata, el P. C. debía y podía impedir que la socialdemocracia entregase el proletariado al fascismo. Con la política del frente único obrero, podía haber obligado a la socialdemocracia a entrar en la batalla bajo la presión de su base proletaria, concentrar las fuerzas proletarias en una ofensiva contra el fascismo, comprometer por este medio a las *jefes* socialdemócratas, arrancarles los obreros y conducirlos a la lucha por el poder. *Pero los jefes no creían en la posibilidad de la toma del poder.* Sobre la base de la teoría reaccionaria del socialismo en un solo país hicieron todo lo posible para evitar la batalla y así permitir al stalinismo practicar su política nefasta en la U. R. S. S. Sobre la base de la teoría del «socialfascismo» descartaron toda diferencia entre la socialdemocracia y el fascismo, engañaron al proletariado presentando a la socialdemocracia como una variante del fascismo. No teniendo confianza en la capacidad del movimiento marxista revolucionario para vencer a la socialdemocracia, abandonaron al fascismo esta tarea, predicando la idea de que es él quien puede desenmascarar a la socialdemocracia. Durante un largo período decían al proletariado: «Después de Hitler, nosotros.» Hay todavía continuan esta política vergonzosa. Presentando a Brüning, Papen, Schleicher como fascistas, han dado la impresión al proletariado de que bajo el régimen fascista la situación sería la misma que bajo las otras situaciones.

Teóricamente, el P. C. A. no ha dado la perspectiva de la evolución revolucionaria. Esto debido a que la burocracia stalinista en la U. R. S. S. quería evitar las perturbaciones revolucionarias en el extranjero. Prácticamente planteaba como tarea principal el aumento de su influencia por el medio parlamentario, reduciendo toda la actividad de la vanguardia a la lucha parlamentaria en las campañas electorales, etc... Envenenaba a los obreros con la teoría del «social-fascismo» y de la «fascialización» de todos (Brüning fascista, Papen fascista), y los condenaba a la inactividad. Con la política escisionista de la Oposición Sindical se encontraba alejada de las grandes masas de obreros organizados; con la política de frente único «cada más que por abajo» y de la «dirección independiente» se presentaba a sus ojos como un destructor de la unidad de su clase. Condujo a inspirar contra él el odio y la desconfianza de los obreros socialdemócratas, a desarmar la vanguardia proletaria ante el ataque fascista, a desorientarla, y en lugar de organizar la lucha decisiva presentó como grandes victorias los éxitos electorales más mínimos. Despreció todo trabajo que hubiera templado a las organizaciones del Partido, que se quedaban en organizaciones frágiles

e incapaces de conducir firmemente la lucha y de resistir desde el comienzo de la ofensiva fascista. Sus perspectivas, su política, su acción, han impedido totalmente a los miembros del Partido convertirse en soldados firmes y disciplinados de la revolución proletaria, militantes activos y decididos. *Por todas partes se inspiró la idea de la retirada y se llegó incluso a predicar la teoría de la no-aplicación de la violencia contra los asesinos de los obreros. Todo esto condujo a la capitulación más vergonzosa, a la traición de la causa proletaria.*

Y el proletariado alemán, abandonado, traicionado por la socialdemocracia y por el stalinismo, se sometió sin resistencia, demostrando una pasividad inaudita e inimaginable, sin incluso los actos de resistencia espontánea y heroicos del proletariado italiano, aunque se hallaba en condiciones más favorables. Pero al mismo tiempo demostrando toda su indignación hacia aquellos que le traicionaban. Así el fascismo tomó el poder sin verse obligado a pasar por una larga y cruel guerra civil. Sin ninguna resistencia comenzó su obra de destrucción de todas las organizaciones de la clase obrera, haciendo todos los días, y sobre la base de un plan bien elaborado, pasos gigantescos hacia la consolidación de su régimen. Atraviesa todas las etapas del fascismo italiano con un ritmo más acelerado, con una facilidad más grande, sin encontrar la menor resistencia, aunque se encuentra en un período mucho más crítico desde el punto de vista de la situación nacional e internacional y explotando la experiencia del fascismo italiano, con el cual está estrechamente ligado.

Se abre una perspectiva de vida más o menos larga del fascismo en Alemania. Claro está que se encontrará ante una situación extremadamente difícil, ante la crisis económica más profunda y la más grave que el capitalismo ha conocido hasta hoy. Ante un empeoramiento de la situación de las clases explotadas, sobre las cuales recaerá el pesado fardo de los gastos excepcionales del aparato lujoso del nuevo régimen. Pero el fascismo es precisamente el régimen que por la opresión y la violencia suprime la resistencia de los oprimidos y les condena a soportar su miseria. Incluso en la situación más grave, es decir, que se lograse provocar un levantamiento de las masas, este levantamiento será cada vez más difícil, dado que el fascismo ha llegado a disolver las organizaciones obreras y a decapitar al proletariado. Sin embargo, esta perspectiva de duración del fascismo no debe hacernos perder de vista las grandes dificultades económicas y las contradicciones internas de este mismo régimen que podrían determinar un cambio más rápido de la situación.

La victoria fascista en Alemania desplaza el centro del movimiento internacional y plantea como problema principal el problema de la Unión Soviética. En este problema incluso el fascismo alemán constituirá un factor muy decisivo, dado que Hitler, para hacer frente a las dificultades interiores, para salir de las contradicciones económicas, para reforzar sus posiciones en la arena internacional, para batir definitivamente a su enemigo de clase, intentará convertirse en el jefe de una intervención antisoviética. Su política interior no puede más que orientarse hacia esta dirección, y ya ha dado de ello múltiples manifestaciones.

El triunfo del fascismo provocó una descomposición de fuerzas, tanto en el campo comunista como en el campo reformista. La capitulación, la deserción, el paso al fascismo, el abandono de organizaciones enteras: estos son los fenómenos que caracterizan este período. La clase obrera abandonada cae en la pasividad y la indiferencia más grandes. Una gran parte abandona las organizaciones, mientras que la parte más avanzada y consciente, al reponerse, pide directivas nuevas, una orientación nueva. Pero no ve la dirección. El Partido Comunista le ha traicionado. El Partido Comunista ha muerto.

En las duras condiciones ya creadas el proletariado deberá crear su nuevo partido, el partido que concentrará sus fuerzas, que le orientará y limpiará la mancha de la traición stalinista. Por su historia, por sus ideas y perspectivas comprobadas, la Oposición de Izquierda en Alemania, a pesar de su debilidad numérica actual, está llamada a representar el papel principal en este proceso. Puede y debe convertirse en el núcleo central de asimilación, alrededor del cual se concentrarán todos los elementos que procedan de direcciones diferentes y constituirán el nuevo partido revolucionario de la clase obrera alemana.

Grupos y secciones enteras en primer lugar del P. C. A., así como de las otras organizaciones (grupos de izquierda del Partido y de las juventudes socialistas, otros elementos de izquierda de las organizaciones derechistas K. P. O., la organización S. A. P.) en las condiciones creadas, pueden ponerse de acuerdo con nuestra perspectiva sobre la necesidad de construir el verdadero P. C. de mañana. Hacia todas estas organizaciones, la Oposición de Izquierda Alemana debe seguir una política amplia y flexible, admitir y realizar la táctica del frente único y el trabajo común, sobre bases precisas y claras, ayudar con la discusión al esclarecimiento de los principios fundamentales del programa y de los métodos sobre los cuales debe basarse el P. C. A. y tratar de establecer una homogeneidad, condición preliminar para la formación de una organización fuerte y sólida.

La Oposición Comunista Alemana debe alejarse de todo sectarismo al aplicar una política amplia, examinar todos estos elementos de un modo dialéctico y trabajar inconsubmelemente para lograr su asimilación. Para esto debe conceder una atención muy seria a la cuestión de la organización. Crear su organización ilegal, templar a sus miembros por un trabajo sistemático de educación comunista. Conceder una gran atención al periódico, cuya misión es de primer orden.

CARTAS DE ALEMANIA

Para no incurrir en repeticiones de hechos y en reproducción de noticias ya conocidas, al mismo tiempo que para tener informados a nuestros lectores sobre el desarrollo de los acontecimientos alemanes y del movimiento obrero principalmente, damos a continuación un extracto de las cartas de más interés que recibimos de Alemania y de las insertadas en el órgano de nuestros camaradas alemanes Unser Wort. *Así también respondemos al deseo que constantemente nos expresan los lectores de darles a conocer esencialmente la situación actual del movimiento revolucionario alemán.*

Después del derrumbamiento del P. C., los miembros que continúan en él son muy susceptibles a nuestra literatura. Aquellos que

no tienen organización buscan una nueva dirección. Ya no existe literatura socialdemócrata, lo que es una ventaja. Algunos elementos de la burocracia sindical reformista han editado hojas informativas sin tendencia política. Entre los miembros del P. C. existe una gran indignación contra la dirección criminal. Sin embargo, el espíritu conservador hacia la organización retiene todavía a una serie de obreros con los cuales nuestras relaciones se reafirman. El espionaje es muy grande en el P. C. (se descubren las oficinas regionales ilegales, las imprentas y las conferencias; se verifican detenciones en masa). El gran porcentaje de *lumpemproletarios* que se orientan en un sentido *nazi* es lo que da lugar a esto. El Partido Socialista Obrero y la oposición brandleriana trabajan todavía, pero sin ligazón con la dirección. Las posibilidades del trabajo legal han desaparecido por completo. En las sesiones de los Ayuntamientos son raros los concejales socialdemócratas que asisten. Socialdemócratas de mucha significación han suscrito declaraciones según las cuales ellos no tienen nada que ver con el marxismo. (Grell, ex ministro de Instrucción Pública en Turingia «la roja»; Seele, jefe de la Bandera del Imperio y diputado del Landtag; Kuhnt, diputado del Landtag, etc.). Dirigentes comunistas se han puesto de rodillas ante los jefes de policía (Tonfer-Weimar, secretario de la fracción comunista del Landtag de Turingia, presidente del P. C. de Weimar y de la fracción municipal; Scharf, diputado del Landtag, etc.).

—De una carta de Turingia: Hasta mediados del pasado año, un camarada fué dirigente del radio de nuestra ciudad. Un tal X... desencadenó una fuerte campaña antitrotskista contra nuestro camarada, y éste no tardó en ser excluído por *contrarrevolucionario*. Después de la exclusión, X... fué nombrado funcionario en su lugar. Ya en aquella época, los miembros del P. C. tenían poca confianza en X..., y se manifestaron contra la exclusión de nuestro camarada. Pero los burócratas impusieron el nombramiento de X..., que, como agradecimiento, los entrega hoy a las secciones de asalto fascistas y a los campos de concentración.

—La tentativa de los burócratas del C. C. del P. C. A. y de la I. C. de tapar la boca a los camaradas de base y hacerles pasar como justa la política que ha llevado al desastre al proletariado alemán encuentra grandes resistencias en las filas del Partido. Aunque la burocracia se esfuerza por todos los medios en ocultar la verdad, poseemos noticias irrefutables sobre la rebelión que la resolución del C. E. de la I. C. y el informe de Heckert han provocado entre los camaradas. Una prueba de ese descontento se demuestra con el hecho de que, por ejemplo, en Berlín, seis radios han rechazado la resolución del C. E. de la I. C. y han declarado que la política seguida por el P. C. A. ha sido falsa. Si se tiene en cuenta la presión burocrática que todavía se ejerce sobre los camaradas de base, se explica la importancia de estos acuerdos. En otro radio de Berlín se ha acordado el regreso de Neuman, que en cierta época fué *acusado* por los burócratas de haber emprendido *pourparlers* con los jefes socialdemócratas con objeto de realizar el frente único contra el fascismo. El C. E. de la I. C. ha rechazado la petición de este radio.

La mayoría de los miembros del C. C. del P. C. A. se encuentran actualmente en Moscú. Su posición política *oficial* es la misma que se expresa en el informe de Heckert. Entre bastidores, sin embargo, debe haber bastante tirantez y descontento. Estos desgraciados burócratas, al igual que los de todos los países, se ven obligados a tener un pensamiento *oficial* y otro que exponen en las conversaciones privadas con aquellos que estiman absolutamente seguros. Votan resoluciones, escriben incluso artículos para exaltar la justeza de la política seguida, pero, al mismo tiempo, guiñan el ojo para dar a entender que no creen ni una palabra de lo que se les hace decir y escribir. Por esto, el terror sobre el Partido se ha recrudecido tanto. El C. E. de la I. C., de acuerdo con los alemanes, ha decidido excluir implacablemente del P. C. A. a todos aquellos que hablen de derrota o que simplemente expresen opiniones críticas. Esta decisión en la situación actual, en lugar de soldar las filas, no hace más que descomponer al Partido. Todos los acontecimientos que se han producido después del informe de Heckert son una respuesta categórica a las elucubraciones de ese podrido burócrata. La destrucción de los Sindicatos libres, el encarcelamiento de los burócratas reformistas, la confiscación de todos los bienes de la socialdemocracia y la supresión de su Prensa, demuestran claramente a los obreros la falsedad teórica del socialfascismo. Pero lo que ha producido más indignación entre los obreros comunistas es la capitulación sin combate ante el fascismo. Esto ha determinado una desmoralización muy grave entre las masas.

La Prensa stalinista del extranjero publica numerosos artículos para hacer creer en una gran actividad por parte del P. C. A. Es necesario desmentir estos embustes groseros, cuyo fin único es hacer el juego a la burocracia ciega y capituladora. A excepción del Ruhr, donde se han observado algunos síntomas de actividad, el P. C. no realiza casi ningún trabajo. Las informaciones de la Prensa stalinista sobre la tirada y la regularidad de la aparición de la *Rote Fahne* son completamente fantásticas. La *Rote Fahne* aparece muy irregular y raramente. Generalmente, se lanzan hojas con el encabezamiento de la *Rote Fahne*, hojas, por otra parte, de un nivel político muy lamentable. Ocurre con frecuencia que las consignas que se dan en estas hojas son las mismas que el P. lanzaba antes de la subida de Hitler al poder... Sabemos de fuente segura que el C. E. de la I. C. ha censurado a los representantes del P. C. A. en el extranjero, incluso a la organización de Munzenberg, a causa de que *Unser Wort* (órgano de la Oposición alemana) fuese el primer órgano comunista alemán publicado en el extranjero. El hecho de que nuestra organización, con sus pobres medios, haya logrado hacer esto, ha originado un gran descontento en Moscú contra los burócratas alemanes. Se les acusa ir a la cola de los trotskistas, es decir, de actuar retrasadamente con respecto a nosotros. *Unser Wort* ha producido una gran *desmoralización* entre los burócratas, que tienen que reconocer nuestra actividad, mientras que los informes de los representantes oficiales procedentes de Alemania demuestran que el P. no realiza casi ningún trabajo. El Congreso antifascista no ha encontrado ninguna repercusión. La mayor parte de los miembros del P. no saben de él nada y se han enterado de la organización de esta mascarada únicamente por la crítica de la Oposición de Izquierda.

Las noticias de los periódicos stalinistas extranjeros sobre huelgas, movimientos de protesta, etc., son, desgraciadamente, demasiado fruto de la fantasía de los escribas retribuídos. Donde estos hechos se producen no son organizados ni por el P. ni por la Oposición Sindical efímera (una gran parte de cuyos miembros, educados en el espíritu de liberación nacional y social, se han convertido en servidores dóciles de Hitler). Estas huelgas parciales, que se dan desgraciadamente con poca frecuencia, son acciones demagógicas puestas en escena por los *nazis* para demostrar su espíritu *socialista*; son, la mayor parte de las veces, convulsiones de la resistencia es-

pontánea de los obreros abandonados por sus grandes partidos. En la imprenta del *Angriff*, órgano fascista, por ejemplo, los tipógrafos han declarado la huelga para pedir que se diera trabajo a los tipógrafos que habían trabajado hasta ahora en los periódicos de izquierda.

Seguramente estaréis al corriente de la votación dada por los diputados socialdemócratas a Hitler. Casi la mitad de la fracción parlamentaria ha aprobado las declaraciones políticas del jefe de la peste parda. Los otros diputados, aquellos que no han huido o se encuentran en el extranjero, han preferido *abstenerse*. Creemos que es la primera vez que en el movimiento obrero se presenta semejante fenómeno de descomposición. Han transcurrido sólo algunos días de la toma de los Sindicatos por Hitler y de las propiedades socialdemócratas; diputados socialdemócratas se encuentran encarcelados o huidos; obreros socialdemócratas han sido asesinados o encarcelados, y, a pesar de esto, la mitad de los diputados socialdemócratas votan por Hitler y los otros se abstienen. Se quiere explicar esto por el pánico. Claro está que estos diputados no han dado pruebas de un valor excesivo; pero el pánico también tiene necesidad de ser explicado. Este pánico, en efecto, no es más que la continuación de la política socialdemócrata ante el fascismo. De capitulación en capitulación, tenía que llegar adonde ha llegado. La socialdemocracia alemana, podrida desde antes de la guerra, no había hecho más que aumentar los elementos de su descomposición interior en el curso de los últimos quince años. Desde el momento en que el fascismo ha aparecido como una fuerza, amenazante para la vida y para las organizaciones del proletariado alemán, el objetivo real que se ha planteado la socialdemocracia no ha sido el de saber cómo derrotar al fascismo, sino cómo salir de la próxima catástrofe con el menor peligro. En 1918, la socialdemocracia alemana se ha encontrado al frente del Estado sin haber hecho nada por lograrlo; en 1933 se ha colocado a los pies de Hitler sin haber hecho nada por impedirlo. *Quería* defender la *democracia*, la legalidad, la Constitución de Weimar; pero en el momento en que esta *defensa* no era posible más que a través de la acción revolucionaria del proletariado, es decir, a través de la ruptura revolucionaria de la *democracia* de la constitución de la legalidad de Weimar, la socialdemocracia ha preferido quedarse al margen de la situación y ceder el puesto al primer *schupo* que ha venido a reclamarlo. La socialdemocracia *quería* salvar a los Sindicatos. Salvar al Partido, salvarse ella misma, pero a condición de poder, en caso de derrota, presentar al enemigo que se preparaba a estrangularla sus papeles en regla con la ley, con la Constitución, con el orden. Por esto se ha preocupado, ante todo, de evitar el *desorden*. Ha votado por Brunning, ha votado por Hindenburg, y ha tenido una secreta ternura hacia Schleicher. En cada uno de ellos ha visto una fuerza que podía salvarla. Por el contrario, el proletariado era para ella un espectro, del que había que huir y desolidarizarse para no compartir la responsabilidad de sus acciones y de sus actos inconsiderados. Pero una vez que Brunning no era ya nada, que Hindenburg era una caricatura y que el propio Schleicher estaba amenazado de prisión, ¿qué hacer? No quedaba más que Hitler. Y es ante Hitler ante quien la socialdemocracia se ha prosternado con la esperanza de que la tempestad pase pronto. La socialdemocracia olvida una cosa: que la Historia no fabrica gorros de dormir, con los cuales sea posible ponerse a cubierto de la tempestad y volver a resurgir cuando salga el sol.

—El odio de la burocracia contra la Oposición no ha disminuido, sino todo lo contrario. La principal preocupación de los burócratas del P. C. A. es el ataque contra los trotskistas. En la lucha contra la Oposición los burócratas pervertidos no retroceden ante ningún procedimiento. Sobre este punto, los stalinianos alemanes no se diferencian nada de sus hermanos extranjeros. El medio más reciente aplicado por los stalinianos, aparte de las violencias físicas o de las amenazas, es jugar con el pensamiento de *denunciar a nuestros camaradas* a la Policía fascista. El pensamiento no está lejos de la realización; en una gran ciudad, la Policía ha encontrado una lista de oposicionistas de izquierda que debían ser puestos «en condiciones de no estorbar». Hablando en sus células, distribuyendo manifiestos y periódicos de la Oposición, nuestros camaradas oyen cada vez más la advertencia de los burócratas: «Os entregaremos a la Policía.»

En el interior de Alemania nuestra sección prosigue su trabajo revolucionario. Compuesta de cuadros templados por un largo trabajo de formación y basándose en un programa revolucionario definido, nuestra organización alemana ha tenido la coherencia necesaria para adaptarse a las nuevas condiciones del combate. Sus filas han sufrido también los efectos de la represión, sobre todo en las localidades pequeñas, donde el período anterior de actividad legal ha hecho imposible a los camaradas el pasar sin consecuencias a la acción subterránea. Pero en su conjunto, la actividad de la Oposición no sólo no ha disminuido, sino que, por el contrario, la comprobación histórica de la justeza de nuestras concesiones ha reforzado nuestra organización desde el punto de vista ideológico, desde el punto de vista moral y desde el punto de vista numérico. He aquí extractos de una de las cartas de nuestros camaradas alemanes:

«Hemos editado 1.000 ejemplares del llamamiento del Secretariado Internacional para el 1.º de mayo. El artículo *La tragedia del proletariado alemán* ha sido editado en 500 ejemplares. Hemos editado como folleto el artículo *El naufragio del P. C. A. y las tareas de la Oposición de Izquierda*, con una tirada de 750 ejemplares. Para dar a la discusión con motivo del nuevo P. C. A. una difusión amplia entre los obreros avanzados, nuestros camaradas preparan una edición de los documentos más importantes que representan las diferentes opiniones y que serán difundidos en muchos centenares de ejemplares.

»Aquí el P. C. está en completa quiebra. Las sumas de las cotizaciones recogidas en nuestra región del P. C. durante los últimos tres meses son las siguientes: febrero, 400 marcos; marzo, 300 marcos; abril, 10 marcos. La base del P. se niega a pagar mientras no se vea el trabajo político... Tenemos por todas partes ligazones con el P. Hemos entrado en contacto con muchos miembros dirigentes que todavía poco antes de las elecciones de marzo eran nuestros enemigos más encarnizados. Actualmente difunden nuestra literatura, que reclaman con avidez. Otros miembros de la parte activa de la organización se han dirigido a nosotros hace algún tiempo para proponernos que nos encargáramos de la redacción de uno de sus periódicos ilegales en la localidad (actualmente sólo hay uno en toda nuestra región), porque ellos no tenían nadie que supiera escribir. El Partido está de tal manera nutrido de elementos dudosos, la experiencia del trabajo ilegal es tan ínfima que pierde constantemente los utensilios del trabajo (máquinas de escribir, roncos, papeles, etc.). Se tiene tan poca confianza en las propias capacidades que se acude a los trotskistas para esconder los materiales, cuya utilización se nos permite.»

El ferrocarril del Este chino en manos de los japoneses

Tanto en su actuación en la Internacional Comunista como en su política interior y exterior, el stalinismo no conoce los grados: pasa de la política más aventurera a la más oportunista. Sometido a fuertes presiones, la columna mercurial stalinista baja rápidamente. Ahora, por ejemplo, vemos al stalinismo esforzándose en demostrar que la venta del ferrocarril del Este chino carece de toda importancia política y estratégica; es decir, se trata de ocultar la verdad, presentando el hecho como un caso sin importancia. Esto nada tiene que ver con el marxismo revolucionario, que no tiene miedo a la verdad y mira las cosas y las situaciones cara a cara.

En tiempos de la dirección comunista de Lenin y Trotsky, el proletariado de la Unión Soviética, a consecuencia de la relación de fuerzas, se vió obligado en algunas ocasiones a batirse en retirada; unas veces, por dificultades internas; otras, por el retraso del movimiento revolucionario en los países europeos. Pero desde la paz de Brest-Litovsk hasta la Nueva Política Económica, no se ocultó a la clase trabajadora del mundo la verdad y no se quitó importancia al hecho. No sucede lo mismo durante el curso stalinista. Y es que bajo un imperio, lo que importa ante todo es el prestigio de la oligarquía burocrática y no los intereses reales de la revolución rusa e internacional.

El conflicto que pone frente a frente a la U. R. S. S. y al Japón es de una gran importancia para la Unión Soviética, directamente en peligro. El objeto de la diferencia, el ferrocarril del Este chino, no es una cosa nueva en la política de Rusia soviética. Pero el problema se ha presentado de diferentes formas en el curso de la evolución del poder soviético. La situación se resolvía conforme a su situación interior.

Ya en 1929, el Este chino estuvo a la orden del día; pero mientras que a la hora actual la Unión Soviética está en pugna con el Japón, lo estaba en aquella época con China misma, o más justamente, con el Gobierno de Nankín, al frente del cual estaba Chang-Kai-Chek. En esta época, la Oposición de Izquierda tuvo ocasión de precisar su política, tanto hacia el conflicto en sí como con respecto a la defensa de la U. R. S. S. Este fué el punto de partida de una diferenciación profunda y de principios en las filas de la Oposición de Izquierda. Nunca más que ahora la posición adoptada entonces por la Oposición de Izquierda ve tan confirmada por los hechos su justeza. Y es de esta posición marxista y revolucionaria de donde es necesario partir para apreciar el conflicto actual.

El problema de la guerra, como el de la lucha de la Unión Soviética contra las potencias capitalistas, no puede ser comprendido más que si se plantea desde un punto de vista de clase.

Heredero del zarismo, el poder soviético no abandonó, aunque fué el producto de rapiñas imperialistas, el ferrocarril del Este chino. No lo hizo, porque analizaba la cuestión, en aquella época como un arma y una posición estratégica en beneficio de la revolución china. Por esto, y aunque abandonó los privilegios imperialistas del zarismo, Rusia soviética no entregó el ferrocarril, sino estableció un Tratado con Chang-So-Lin. O sea: considerando con justa razón al Gobierno del mariscal como un Gobierno reaccionario, al servicio del Japón, el poder soviético conservó en su poder un arma que se negaba a entregar, no reconociendo como Gobierno chino más que al que representase a una China liberada de sus Chang-So-Lin. Así Rusia ocupaba su puesto al lado de la revolución china que avanzaba en el Sur.

Esta actitud de Rusia en 1924 no podía ser otra en 1929, cuando el problema del ferrocarril puso en juego los intereses de la nueva dictadura contrarrevolucionaria de Chang-Kai-Chek y la Unión Soviética. En esta época, la fracción stalinista era ya responsable de la derrota de la revolución china. Pero la posesión del ferrocarril no dejaba por ello de ser un problema de clase entre Rusia soviética y la contrarrevolución china.

Hoy el problema no se plantea de otra manera. Pero, desgraciadamente, la evolución de la política stalinista hacia un oportunismo cada vez más pacifista y pequeñoburgués hace que la Unión Soviética abandone la posición marxista de clase y huya recurrido a los expedientes más oportunistas dictados por el modo como trata de salvarse ella misma de la situación interior a que ha conducido a la Unión Soviética.

El 12 de mayo, la Agencia Tass comunicaba una declaración de Litvinof concerniente al ferrocarril del Este chino y a los *pourparlers* de venta al Japón de este ferrocarril por Rusia. Plantear el problema del abandono, porque ésta es, en el fondo, la cuestión, del Este chino como la simple voluntad pacífica de Rusia, y no denunciar al imperialismo japonés que se apodera de este camino, es abandonar las posiciones revolucionarias para pasar a las posiciones del nacionalismo pequeñoburgués, consecuencia lógica del socialismo en un solo país.

«Ni el acuerdo de Pekín, ni el acuerdo de Mukden, impidiendo a China el derecho a comprar el ferrocarril del Este chino antes de término, podrán limitar el derecho de la U. R. S. S. a vender el ferrocarril a quien sea, y todavía menos a aquellos que están en el poder en Manchuria, y que tienen de hecho los derechos y las funciones que se derivan, por la parte china, de los acuerdos de Pekín y de Mukden.»

Si se examina de cerca esta parte de la declaración de Litvinof, se ve que, lejos de elevarse contra la conquista de Manchuria por el Japón, conquista eminentemente imperialista, Litvinof la acepta e incluso la justifica, reconociendo que aquellos que están en el poder en Manchuria y que tienen de hecho *los derechos y las funciones* que se derivan..., cuando la verdadera actitud de la U. R. S. S. hubiera debido ser de solidaridad revolucionaria con los obreros y campesinos chinos contra el imperialismo japonés. El lenguaje de Litvinof, si él fuera comunista, hubiera debido ser el siguiente: «Hemos conservado en nuestras manos el ferrocarril del Este chino, que hemos arrancado a las maniobras de Chang-So-Lin y Chang-Kai-Chek, como un arma al servicio de la revolución proletaria china. Hoy el Japón tiende a conquistar por la fuerza China y se apodera de Manchuria. No estando en condiciones de defender el ferroca-

rril, nos vemos obligados a batirnos en retirada y forzados a ceder ante el imperialismo japonés.»

En efecto, si en 1924 y 1929 Rusia soviética fué bastante fuerte para oponerse a los planes de la burguesía y de la contrarrevolución china sobre el ferrocarril, hoy la situación interior se lo impide. No se trata de una cuestión de *pacifismo* proletario. El comunismo es una doctrina de lucha de clases que lleva a cabo la lucha contra la burguesía. Cuando se ve obligada en esta guerra a batirse en retirada, es porque la relación de fuerzas la obliga, y no porque sea *pacifista*.

En 1918 la revolución rusa se vió obligada a firmar el Tratado de Brest-Litovsk. Firmó la expoliación de enormes territorios, no porque fuera pacifista, sino porque el enemigo de clase la obligaba. El problema es el mismo actualmente, en lo que se refiere al Este chino; habiéndole substraído tanto del poder del imperialismo extranjero como de la contrarrevolución, Rusia se encuentra impotente para defenderlo. Esto es lo que se precisa decir. No hacerlo es ocultar a los ojos de las masas obreras internacionales el peligro real que corre Rusia, y a los ojos del proletariado chino, justificar el bandolerismo del Japón.

El llamado pacifismo de Stalin oculta en realidad la gravedad de la situación interior de Rusia tal y como se encuentra obligada a retroceder ante el imperialismo japonés. La posición sobre la arena mundial de Rusia Soviética es tanto más crítica cuanto que Hitler triunfa en Alemania. La derrota del proletariado alemán es un debilitamiento de la dictadura en la U. R. S. S., y deja libre curso a la insolencia imperialista del Japón y a las transacciones antisoviéticas de Rosenberg en Londres. Debilitada exteriormente la U. R. S. S., lo está todavía más interiormente. La crisis de la economía soviética alcanza cada día que pasa un grado de gravedad que pone directamente en peligro el mismo poder. La infalibilidad burocrática conduce al proletariado ruso a una crisis que hace presagiar lo peor en las circunstancias presentes.

El pacifismo stalinismo, lleno de deferencia para el Japón, no evita de ninguna manera el peligro que corre la Unión Soviética, *sino que, por el contrario, lo amenaza aún más*. La verdadera defensa de la Unión Soviética está en un reagrupamiento alrededor de las fuerzas verdaderamente comunistas para hacer efectuar a la política económica actual un viraje de 180 grados, que permita así al Partido y a la clase obrera adquirir conciencia de sí.

La única defensa de la Unión Soviética reside en el proletariado ruso e internacional. Sólo una política comunista en el interior, como en el exterior, es susceptible de reforzar la defensa de la dictadura soviética. Este es el único medio de defender a la Unión Soviética en peligro.

L. V.

---

pone en conocimiento de la organización que el ex secretario general de la misma, Henri Lacroix (Francisco García Lavid), ha sido expulsado de nuestras filas por malversación de fondos.—EL COMITE EJECUTIVO DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ESPAÑOLA.

LITERATURA Y REVOLUCION

Las siguientes páginas constituyen unos cuantos capítulos del admirable ensayo de nuestro camarada Victor Serge Literatura y Revolución. *Hemos creído conveniente dar a conocer a nuestros lectores estas páginas para poner de manifiesto la diferencia que existe entre la actitud de un auténtico intelectual revolucionario y la cotizable e interesada adulación de muchos escritores, profundamente ajenos y aun hostiles al proletariado y al socialismo, que negocian en las covachuelas burocráticas su falsa y mentida amistad hacia la U. R. S. S.*

Victor Serge se encuentra en la actualidad en las prisiones de Stalin.

¡Y HAY TREINTA MILLONES DE PROLETARIOS!

II

Una estadística que produciría vértigo, sin dar por ello una elevada idea del espíritu del tiempo, sería la de las novelas francesas publicadas desde hace veinte años y que tratan del amor entre las gentes de mundo. Dar el número de las marquesas, de los pequeños burgueses, de los vizcondes y de los *gigolos*. Reducir a cifras las complicaciones sentimentales de preguerra y las perversiones de postguerra. Evaluar la cantidad de agua de *bidet* que acarrea esta literatura: cubicación y fuerza de su corriente...

No habría cifras capaces de competir con ella.

Francia tiene hoy catorce millones de proletarios; treinta millones con sus familias. Catorce millones de hombres que ganan, según la ley bíblica—la única ley divina aplicada al pie de la letra desde la creación del mundo—su pan con el sudor de su frente. El solo conocimiento de estas cifras da a entender la palabra masas, una palabra aplastante. Se preguntará inmediatamente: ¿cuántos libros han sido escritos para estos millones de seres, para contar su existencia, para ennoblecer su vida interior—pues, a pesar de todo, habrá que conceder que la tienen—, para hacer que se conozcan a sí mismos, edificarlos, distraerlos (1), sí, distraerlos de otra manera que con el relato de las aventuras de la mujer de mundo y del bonito bailarín brasileño? ¿Cuántas obras se han escrito sobre los mineros después de *Germinal* (1885)? Francia tiene 500.000 mineros, que por algo son en tan gran número. Los novelistas han ido en busca de exotismo y

(1) Edificarlos, distraerlos. Toda la obra de Paul Bourget es ejemplarmente didáctica. Paul Morand, en sus mejores páginas, olvidese visiblemente el deseo de divertir a su lector. En un sentido un poco discente se puede decir que Gide y Proust edifican al lector ampliando su experiencia personal.

aventuras a Papeete, a Tahití, a Siam, al río Amur, entre los papúes, los caribes y los topinambas, a la misma luna. En cambio, no han sido capaces de descubrir los pobres de Auteuil: textil, trabajo a domicilio, etc., los pescadores de Bretaña... ¡hermosa decoración para la obra literaria!—, los obreros del muelle... ¿No que no hay en los puertos nada más que bares?

Sin gran trabajo se podrían encontrar entre los millones de almas que de tal manera se ignoran novelas de amor, novelas de aventura y también otras novelas que abrazaran algo más que el amor y la aventura; se encontraría con que alimentar todos los géneros, disipar todos los *spleens*, renovar todos los viejos clichés amanerados, despertar el sentimiento trágico de la vida, descubrir nuevas razones de vivir. No se ha encontrado nada. ¿Razones? Sin duda, son de gran peso. Con estos trabajos, el editor empezaría por arruinarse. El público comprador no paga, ¡qué diablos!, para que se le sirvan cosas tan desagradables cuando se vive una existencia placentera. ¿Es que la lectura no tiene por objeto hacer olvidar? Treinta millones de trabajadores ocupan menos espacio en la literatura francesa que el *Faubourg Saint-Germain*. Los treinta mil muertos de la Comuna, cuyo recuerdo vivo ha desempeñado tan formidable función en la revolución rusa, no han inspirado a los escritores franceses más que contadas obras, casi por completo inhallables en el día de hoy (1). La literatura conoce mejor a los peluqueros que a los productores. Son menester buenas rentas y un auto para obtener derecho de ciudadanía en la novela tradicional; no hace excepción a esta regla más que el personal femenino consagrado al placer de las gentes de automóvil.

V

ES TIEMPO YA DE PREPARARSE PARA LA REVOLUCIÓN

Hace ya quince años que la revolución viene trastrocando el mundo. Tres imperios se hunden en 1917-1918: Rusia, Alemania, Austria. De 1918 a 1923 son vencidas cuatro revoluciones: Finlandia, Hungría, Alemania, Bulgaria; una contrarrevolución preventiva triunfa en

(1) Yo conozco tres: *L'Insurgé*, de Vallès; *La Commune*, de P. y V. Margueritte (1900, 2 t., N. R. F., de León Cladel, exclusivamente editada por la Librairie Valois. Es de todo punto de la obra de un Vallès en su más exaltada época hace muchos años. Hay una nueva novela que el espíritu burgués de la Librería impide, aun a los editores avanzados realizar el *Communard*, lo cual podría ser un excelente negocio. Pero ahora mucho que decir sobre este aspecto de la cuestión. Los partidos obreros tienen en Francia varios millones de afiliados; las diversas organizaciones sindicales agrupan aproximadamente un millón de obreros; el partido socialista, el partido comunista, los grupos anarquistas y libertarios, extranjeros, en conjunto, unos diez mil militantes y se cree que el militante obrero, con un curiosidad de escritor, un desprendimiento de carácter, un conocimiento entre y hombres, un sentido de las realidades, es un tipo humano de gran valor—; dentro de estas formaciones, las masas propiamente dichas, constituyen un rezumadero vasto como el océano. Que exista tanto un público literario arrojado, casi literal, en brazos y se dedica a trabajar, todo un público muy amplio, ávido de interesarse por todo vivir en literatura... esto me parece inconcebible. Si los editores no se han aplicado todavía de ello, es debido, en primer lugar, a la presión que sobre ellos ejerce la librería burguesa, muy escrupulosa y suspicaz con respecto a toda revolucionarismo social. La dificultad de hacer vivir libreros obreros, tales como la fuerte Asociación del Trabajo, es debida a la falta de seguros en el patronato, y cuyo mas notable, el famoso seguro de los empresarios obreros. El éxito enorme de Zola en contraste de las grandes posibilidades con que puede contar una literatura popular en el sentido proletario de la palabra.

Italia a falta de una revolución; una revolución socialista aborta en Austria; una dictadura militar termina miserablemente en España. Hace más de cuatro años que la dictadura del proletariado se mantiene en la U. R. S. S. Revolución china, fermentación revolucionaria en las Indias, inestabilidad política en América latina. En fin, crisis general en los países capitalistas más resistentes. Francia constituye, verdad es, una especie de oasis, en medio del universo enfermo; pero esto no es ni tranquilizador ni durable. Los vientos fríos de la crisis llegan hasta el oasis. En la misma burguesía se abre paso el sentimiento de que el régimen tiene necesidad de una transformación. La Europa balkanizada, bancarrotista, pasto del paro forzoso, gobernada por financieros, politicastros, policías y aventureros, multiplica en la inseguridad las alianzas militares, los pactos de seguridad, las negociaciones de desarme, y emplea lo más sancado de su fortuna en fabricar gases, aviones, submarinos, superlanzas y fusiles ametralladoras extrarrápidos... Es ya tiempo de considerar adónde conduce todo esto.

La peor traición no es quizá la que ha denunciado M. Benda. En veinte años, los intelectuales han dado pruebas, en tres circunstancias decisivas, de una segura desesperante: ante la guerra mundial en 1914-1918, cuando no se vió entre ellos más que muy contados hombres, en torno de Romain Rolland, para levantar contra el imperialismo la protesta de la inteligencia europea; en 1917-1920, por su incomprensión de la revolución proletaria; en nuestros días, por su actitud ante la crisis, por su desconocimiento de la revolución, por su incapacidad, aun cuando figuran como adheridos, de penetrar el sentido de las contradicciones.

Estos desfallecimientos tienen, sin duda, su origen en la situación social de las clases medias, propicias siempre a oscilar entre la burguesía y el proletariado. También se explica por la debilidad actual del proletariado revolucionario. En tres grandes países, por lo menos, el proletariado, si estuviera a la altura de las circunstancias, debería prepararse hoy para la toma del Poder: en Inglaterra, en Alemania, en España. No existe nada de esto. La reacción lleva la ventaja. La democracia patalea, recula y, por inconsciencia, debilidad o interés, llega a servir estúpidamente a la reacción. Obligada a elegir entre los riesgos de una revolución obrera y la amenaza de una reacción, la socialdemocracia alemana no vacila nunca: cede el paso a la reacción. Cuando su deber era fusilar a Ludendorf, deja que se asesine a Liebknecht. Y continúa realizando este juego peligroso. Mañana subremos si es capaz de llegar así hasta el fin, es decir, hasta el suicidio.

Los intelectuales burgueses y pequeño-burgueses, que sin comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico prediapondrá a unirse al proletariado revolucionario (1), participan de los errores de esta democracia indecisa, o, no encontrando apoyo en ninguna parte, buscan su camino en partidarios, en un aislamiento tanto más penoso y desmoralizador cuanto que les es necesario, para vivir, acomodarse al régimen.

Los técnicos forman los cuadros de la producción capitalista; a excepción de un personal pobre y subalterno, que los revolucionarios no podrían desdeñar, las profesiones liberales están atadas por una infinidad de lazos a la burguesía; la Universidad desempeña al servicio de ésta una misión rigurosamente definida; mantiene, bajo

(1) «Lo mismo que antes una parte de la nobleza pasó a la burguesía...», Carlos Marx y F. Engels, Manifiesto comunista.

sus formas específicas, la tradición de la cultura burguesa. La especialización restringe el horizonte de cada profesión. El ingeniero, el abogado, el entomólogo, el matemático, juzgan insulso vivir fuera de su especialidad, sobre las ideas vulgares, es decir, sobre una pacotilla de ideas tan borrosas como viejas monedas con muchos años de circulación. Son necesarios grandes acontecimientos, como lo ha demostrado la revolución rusa, para sacarlos de donde están. Los escritores constituyen a este respecto una categoría privilegiada de intelectuales, susceptibles, en mayor medida que los demás, de suministrar al proletariado aliados o servidores. No pertenecen a los estados mayores de la industria, están libres de la estrechez de la especialización, escapan, en mayor medida, al espíritu de casta del foro y del mandarinato universitario; si lo desean, pueden tener un contacto más directo con las multitudes a cuyas preocupaciones responden sus mensajes. Las masas les piden opiniones, ideas, ejemplos, hasta consejos; las masas esperan de ellos que expresen lo que ellas no aciertan a expresar por sí mismas. El gran escritor de una época o de una hora habla por millones de hombres sin voz.

No echo en olvido, desde luego, ni el *snobismo* y las modas literarias, ni la infatuación bufonesca propia de muchos agentes de letras; pero hemos llegado a un punto en que el escritor debe elegir su destino; ni que decir tiene que sólo nos interesan aquellos que quieren servir a algo superior a ellos mismos.

VII

PENSAR EN EL HOMBRE

¿Qué es, pues, necesario para que el escritor hable a las masas, contribuya a la formación de las conciencias, sea un ciudadano de nuestros tiempos? Salir de la murmuración y la chincharrería: considerar la realidad de una civilización admirable por sus posibilidades, irritante, repulsiva y catastrófica por sus efectos. Ver al hombre presa de las luchas sociales, de las guerras, de las falsas prosperidades, de las crisis, de las hambres, de los terrores, de las dictaduras, de los armamentos; al hombre-hormiga caminando bajo tierra, al hombre forzado trabajando a la cadena, al hombre connaturalidades, irritante, repulsiva y catastrófica por sus efectos. Ver al hombre, más burlado que los salvajes por sus hechiceros, abriendo por la mañana su «diario de gran información»; al hombre contento a veces de comer hambriento y de hacer el amor sobre este gran barco sin piloto que tantas veces parece a punto de naufragar... ¡Pensar en el hombre! Interrogarse sobre las causas, tomar partido, adescender al campo de batalla». ¿Descender? Pero ¿es esto descender? ¿Descender de dónde? ¿De qué pedestal de cartón pintado? Más bien elevarse desde una mezquina labor a la altura de la lucha.

Esto no es convertirse necesariamente en un revolucionario; pero toda meditación desinteresada sobre el destino del hombre de nuestro tiempo aproxima más o menos al campo de la revolución—a menos que se proceda de un partido reaccionario, en cuyo caso se obedece al imperativo social de las clases conservadoras. Poco nos importa dónde se detendrá el escritor en su investigación de una solución al problema humano: si su esfuerzo es honrado, hará sólo con plantearse el problema labor inmensamente útil. Los revolucionarios le reprocharán con frecuencia de no ver con bastante claridad, de ser juguete de las ilusiones cultivadas por las clases dirigentes, de ser en una medida más o menos fastidiosa el cautivo y el conductor de su ideología: y esto será verdad. Algunos le censurarán coléricamente sembrar la confusión en las ideas de la clase obrera; y esto será verdad también; pero esto tendrá efectos mucho menos graves de lo que se cree, si los revolucionarios están firmes en sus puestos. No temas de temer la confusión en las ideas que la esterilidad y el vacío. El pensamiento del proletariado es suficientemente vigoroso para no temar los conflictos de las ideas, la variedad de los errores, de las investigaciones, de las ilusiones y de los ensayos; pero sí tiene necesidad de apoderarse de los seres, de penetrar en los cerebros, y para que el escritor pequeñoburgués (según el término clásico, que ha llegado a ser eterno) contribuya a ello, hasta, *por ejemplo*, que se inspire en un verdadero sentimiento de justicia sobre el cual no se podría edificar en política más que el socialismo idealista más nebuloso. Las organizaciones del proletariado no le pedirán luces en la lucha de clases; los militantes criticarán las obscuridades y las flaquezas de su pensamiento, pero sin desconocer por esto en él un aliado estimable.

«De todo lo que se escribe, yo no amo más que aquello que se escribe con la propia sangre», dice Nietzsche. Lo que hay de romántico en esta reclamación de una sinceridad apasionada no me parece desplazado en una época en que se hace y se hará sentir un romanticismo revolucionario. La sinceridad de las obras es una de las condiciones esenciales de su fuerza. La literatura proletaria no nacerá ni de los esfuerzos, por muy perseverantes que sean, de las organizaciones burocráticas, ni de los Congresos; las más bellas mociones, concebidas en el espíritu de la más sana doctrina, por los funcionarios más celosos de las Comisiones de Propaganda, no harán nacer un buen libro (1), *si no interviene la pasión sincera*.

La literatura proletaria será la obra espontánea de los escritores logrados en el proletariado revolucionario. El divorcio corriente entre la vida efectiva, formada por la cultura, es decir, por el pasado, y la convicción, se reducirá suficientemente entre ellos para ir alcanzando esa plenitud de la expresión que resulta de la armonía profunda entre las aspiraciones subconscientes, el sentimiento, todo lo que constituye la pasión y la conciencia. Sólo así puede ser definida la obra proletaria por su *calidad*. Los escritores acostumbrados a considerar el mundo a través del pensamiento proletario, incapaces en adelante—cualquiera que sea su origen individual—de separar sus intereses de los del proletariado, penetrados de las tradiciones revolucionarias, ya muy ricas, de nuestro tiempo, no podrán, cualquiera que sea la materia que traten, sus estados de espíritu y hasta sus variaciones ideológicas, producir más que obras proletarias. Y las obras serán proletarias sólo en la medida en que los escritores sean revolucionarios proletarios.

(1) Verdad es que no le será difícil dar mentalmente a mucho mate y alegar algo bueno, con ayuda de las circunstancias; pero esto no compensa aquello.

Publicaciones de la Oposición de Izquierda Internacional

Hemos recibido el primer número de *Claridad Proletaria*, órgano de los grupos de habla española de la Oposición Comunista de los Estados Unidos. En su artículo de presentación, la Redacción dice lo siguiente: «*Claridad Proletaria* viene en ayuda de COMUNISMO, órgano teórico mensual de la Oposición de Izquierda de España, y reconoce con entusiasmo la gran labor que ha realizado y sigue realizando en la propagación de las ideas marxistas-leninistas en nuestro Continente. Esperamos vernos acogidos con entusiasmo por los 38 órganos de la O. de I. Internacional, y en especial por nuestro querido colega COMUNISMO, el cual nos sirvió y nos sirve de inspiración en nuestra lucha contra la burocracia staliniana.»

Agradecemos mucho las palabras de los camaradas americanos, de los que tantas pruebas de solidaridad material hemos recibido desde el comienzo de la publicación de COMUNISMO. Tenemos la seguridad de que la labor que se proponen llevar a cabo en los países hispanoamericanos será extraordinariamente fructífera para nuestras ideas. La dirección de *Claridad Proletaria* es la siguiente: A. González, 126 East 16th Street, Nueva York (Estados Unidos).

También hemos recibido el primer número del *Boletín* que han comenzado a publicar nuestros camaradas argentinos. Dicho primer número está dedicado en una gran parte a analizar los hechos que se derivan de la situación. Nuestros camaradas preparan también la próxima aparición de un órgano impreso.

Nuestros camaradas ingleses, que hasta ahora publicaban su órgano, *The Comunist*, a *roneo*, han comenzado a publicarlo impreso. Esto les permite con su mayor difusión extender el radio de nuestra influencia entre el proletariado inglés.

En Toronto (Canadá), los jóvenes oposicionistas han comenzado a publicar un nuevo periódico de la juventud obrera: *October Youth*. Nuestros camaradas canadienses publican también otro periódico, *The Vanguard*, y dirigen el órgano de los estudiantes canadienses, *The Spark*.

La extensión de la Prensa de la Oposición es el índice más claro de la expansión cada día mayor de las ideas de nuestra Organización. Aunque nosotros no disponemos de todos los grandes medios de un Estado, sino de los pobres medios de los trabajadores, no por eso nuestra Prensa deja de vivir y de decir la verdad revolucionaria.

Imp. Pueyo. Luna, 28

Aplazamiento de la reaparición de

"EL SOVIET"

Por indicación de algunos grupos de nuestra organización y de bastantes camaradas hemos decidido aplazar por unas semanas la reaparición de nuestro órgano central, *El Soviet*. La medida está justificada y no obedece, de ninguna manera, a que hayan respondido mal nuestros camaradas al llamamiento que les hemos dirigido. El aplazamiento se basa en el hecho de que dentro de dos meses ha de celebrarse la III Conferencia Nacional de la Izquierda Comunista Española.

Esto crea, en primer lugar, un redoblamiento del trabajo de nuestros dirigentes, debido a la preparación de informes, tesis, boletines de discusión y demás detalles prácticos preliminares de la Conferencia. Por otra parte, la Conferencia Nacional origina al C. E. y a todos los grupos gastos extraordinarios que los imposibilitan para hacer inmediatamente el esfuerzo de contribuir a las listas de suscripción para la reaparición de *El Soviet*. Y, finalmente, que próxima la celebración de la III Conferencia, donde se han de reunir delegados de todos los grupos, a ésta le corresponde, con mayor conocimiento y autoridad que nadie, resolver sobre los aspectos prácticos de la reaparición de nuestro órgano central. He aquí los motivos de este aplazamiento.

Pero esto no quiere decir de ninguna manera que ningún grupo o camarada deba suspender los trabajos iniciados a favor de la reaparición de *El Soviet*. Todo lo contrario. Precisamente este margen de tiempo que dista desde ahora a la celebración de la Conferencia Nacional debe ser aprovechado por todos los camaradas y grupos para la labor que nosotros consideramos esencial: hacer suscripciones a favor de nuestro órgano y buscar corresponsales en todas las principales ciudades. Esta última tarea es también muy esencial. Sin extender el número de nuestros corresponsales actuales no podemos asegurar la continuidad de la publicación de nuestra Revista.

Todos los camaradas reconocen la importancia fundamental que para nuestro desarrollo posterior tiene la reaparición de *El Soviet*. Pero esta consideración no debe quedarse reducida a una afirmación platónica. Es preciso poner todo el entusiasmo y todo el interés en conseguirlo. Para ello, debe enviarse el importe de las listas de suscripción a Rodolfo Usano, Acuerdo, 17, Madrid. Y toda la correspondencia en relación con *El Soviet*, al Apartado 9.034, Madrid.

Plataforma de la Oposición de Izquierda Internacional

1.° *Independencia del partido proletario*, siempre y en todas las circunstancias; condenación de la política del Comité anglorruso; condenación de la teoría staliniana de los partidos bipartitos obreros-campesinos y de toda la práctica basada en esta teoría; condenación de la política del Congreso de Amsterdam, donde el Partido Comunista ha quedado hundido en el pantano pacifista.

2.° Reconocimiento del *carácter* internacional, y, por ende, *permanente de la revolución proletaria*; recusación de la teoría del socialismo en un solo país, así como de la política del nacionalbolchevismo en Alemania, que la completa (plataforma de la «liberación nacional»).

3.° Reconocimiento del *Estado soviético como Estado obrero*, a pesar de la perversión progresiva del régimen burocrático. Obligación incondicional para todo obrero de defender el Estado soviético, tanto contra el imperialismo como contra la contrarrevolución interior.

4.° Condenación de la política económica de la fracción staliniana, tanto en su estadio de *oportunismo económico* de los años 1923-28 (lucha contra los «superIndustrializadores» y apoyo al *kulak*), como en su estadio de *aventurerismo económico* de los años 1928-32 (ritmos exagerados de industrialización, colectivización generalizada, liquidación administrativa de los *kulaks* como clase); condenación de la criminal leyenda burocrática de que la Unión Soviética «ha entrado en el socialismo». Reconocimiento de la necesidad de volver a la política económica realista del leninismo.

5.° Reconocimiento de la necesidad del trabajo sistemático en las *organizaciones proletarias de masa*; sobre todo en los sindicatos reformistas. Condenación de la teoría y de la práctica de la R. S. O. (Oposición Sindical) en Alemania, del Comité de Reconstrucción, Comité de Unidad Sindical, C. G. del T. U.—tres organismos distintos y un solo *bluff* verdadero—en España, y otras organizaciones escisionistas análogas en otros países.

6.° Recusación de la fórmula «*dictadura democrática* del proletariado y de los campesinos» como régimen especial distinto de la *dictadura proletaria*, arrastrando tras ella a las masas campesinas y, en general, a las masas oprimidas. Recusación de la teoría antimarxista de la transformación pacífica de la dictadura democrática en dictadura socialista.

7.° Reconocimiento de la necesidad de la movilización de las masas a través de *consignas transitorias* que respondan a la situación concreta de cada país y en particular bajo *consignas democráticas*, en la medida en que se trate de la lucha contra las condiciones feudales, contra la opresión nacional o contra las diversas formas de la dictadura imperialista declarada (fascismo, bonapartismo, etc.).

8.° Reconocimiento de la necesidad de una amplia *política de frente único* con respecto a las organizaciones obreras de masa, tanto sindicales como políticas, comprendida la socialdemocracia como partido. Condenación de la consigna ultimatista «sólo por la base», que significa, en la práctica, rehusar la política de frente único, y, por consiguiente, sabotear la creación de los soviets. Condenación de la aplicación oportunista de la política del frente único como en el Comité anglorruso (bloque con los jefes, sin las masas y contra las masas), doble condenación de la política del actual C. C. alemán, que combina la consigna ultimatista «frente único *sólo* por la base» a la práctica oportunista de las componendas parlamentarias circunstanciales con las cumbres socialdemócratas.

9.° Recusación de la teoría del *socialfascismo* y de toda la práctica consiguiente, porque sirve por un lado al fascismo y por otro a la socialdemocracia.

10. Distinción en el campo del comunismo, actualmente, de *tres agrupaciones*: marxista, centrista y derechista; reconocimiento de la inadmisibilidad de uniones políticas con los derechistas contra el centrismo; apoyo al centrismo contra el enemigo de clase; lucha implacable y sistemática contra el centrismo y su política de zigzag.

11. Reconocimiento de la necesidad de la *democracia interior en el Partido*, no solamente en palabras, sino en los hechos; condenación implacable del régimen staliniano plebiscitario (pisoteo del pensamiento y de la voluntad del Partido, usurpación, supresión fraudulenta de informaciones al Partido, etc.).